36

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

ediciones UVE

36 BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones y Portada:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 11.252-1982.
ISBN: 84-7526-041-1.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

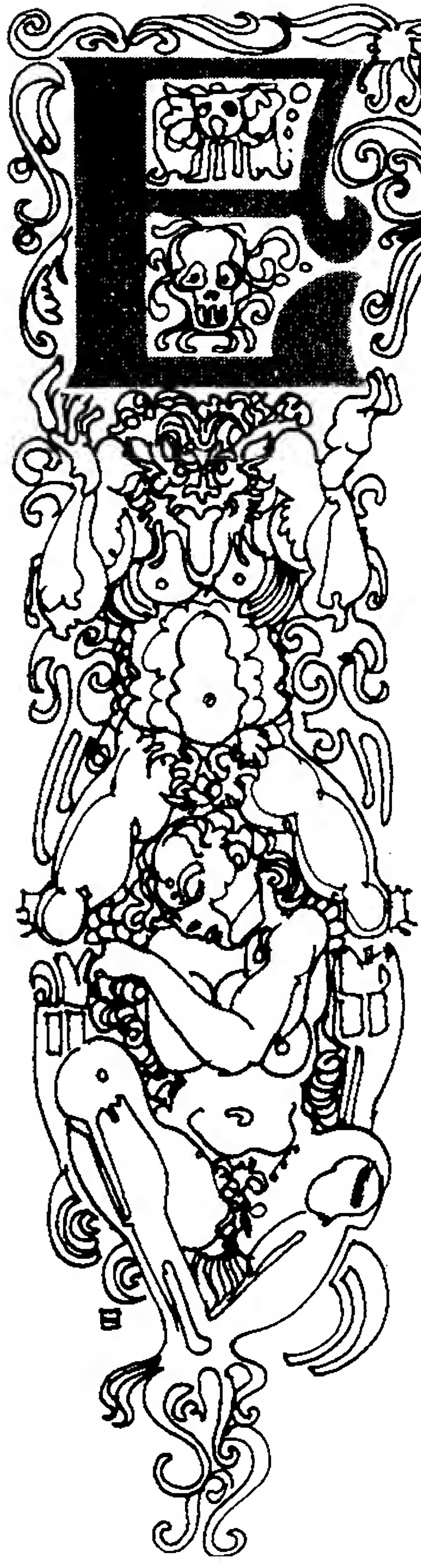



La caja
que
vino
del
norte

La caja que vino del norte

José Luis Velasco

Parecía imposible, pero dentro de aquel cajón «alguna cosa viva» despertaba lenta, muy lentamente después de un prolongado letargo.



EN un valle suave y seco, estepario, sobre un subsuelo que dicen está lleno de bolsas de agua, propicio para horadar pozos artesianos, se levanta la ciudad de C..., un lugar tedioso, con cincuenta mil habitantes adormecidos, a donde no se acerca nadie, ni siquiera los viajantes de comercio, dada su situación apartada de las principales rutas del país. La gente es educada y murmuradora; hay tres o cuatro iglesias, dos cines, muchos bares donde la población mata el tiempo tomando vino y cerveza y una plaza porticada, grande y fea, en la que se levanta un ayuntamiento flamante de estilo nórdico.

2

La gente no sabía qué decir de aquel ayuntamiento, porque en un país mediterráneo y en una ciudad de la meseta, ¿qué significaba un edificio que recordaba a las construcciones de la península escandinava? Antes había otro ayuntamiento acorde con la arquitectura de la comarca, pero se vino abajo de viejo. La corporación municipal convocó un concurso de nuevos proyectos y lo ganó un arquitecto español absolu-

tamente proclive a levantar en cualquier parte edificios de características septentrionales. De todas formas, la fábrica del nuevo ayuntamiento era bonita, y la gente, tras el pasmo inicial que le deparó tamaña cosa ajena, empezó a tomarle cariño.

3

A las cuatro de la madrugada del día 3 de diciembre de 1980, un enorme remolque penetró desde el norte en las calles de la ciudad seguido por una aparatosa grúa. Sobre su plataforma transportaba un desmesurado cajón de madera nueva, adecuadamente reforzado, cuyas dimensiones insólitas inducían a pensar que dentro debía contener alguna máquina sofisticada de extraordinarias proporciones.

4

El cajón medía treinta metros de largo, por siete de alto y diez de ancho.

5

El frío era intenso y las calles estaban desiertas. Ni siquiera se veía a los numerosos perros errantes que la poblaban, cobijados del frío en secretos rincones sorprendentes. El remolque se introdujo en la plaza porticada rozando una de las esquinas del ayuntamiento y se detuvo en el centro del recinto. Bajaron de la cabina cuatro hombres de aspecto incierto, de esa clase de tipos que zigzaguean por el mundo y lo mismo se les encuentra trabajando en una plataforma petrolífera del mar del Norte que en las minas de diamantes de Sudáfrica. Los dos de la grúa eran parecidos. Se pusieron a trabajar sin dilaciones.

6

Apenas tardaron una hora en depositar el desconcertante cajón en medio de la plaza. Eran las cinco de la madrugada. Desde las sombras de los soportales se aproximó la silueta de un policía municipal perteneciente a la brigada que hacía turno de noche. Su obligación consistía en hacer rondas nocturnas por los barrios, pero durante las madrugadas polares de diciembre se quedaban alrededor de la estufa del cuartelillo, echando cabezadas y fumando cigarrillos de tabaco negro.

7

—¿Qué pasa? —dijo el guardia a modo de saludo.

Los tipos del cajón le miraron de arriba abajo de forma huraña y despectiva. Eran sujetos que no le tenían ningún respeto a los agentes municipales porque ellos habían estado trabajando en las minas de diamantes de Sudáfrica y en plataformas petrolíferas del mar del Norte y un policía municipal resulta después algo sumamente trivial.

—Lo traemos desde Marsella. Este es el punto de destino que nos han dado.

—Pero, ¿a quién va dirigido eso?

Sacaron un papel escrito en inglés, que parecía oficial, y le mostraron lo único que entendía: la dirección.

—Viene al ayuntamiento— aclaró uno de los hombres.

—¿Qué contiene?

—No lo sabemos.

—Debería dar parte...

—Haga lo que quiera; nosotros nos vamos.

8

El remolque y la grúa se marcharon, y el policía municipal transmitió la noticia a sus compañeros. Los

más curiosos se dirigieron perezosamente hacia la plaza para ver el cajón. El resto se quedó junto a la estufa. En el centro de la explanada que rodeaban los soportales, a la luz mortecina de las farolas, parecía un gigantesco ataúd de pobre. Los girones de niebla lamían la superficie de madera húmeda y su masa sombría semejaba una especie de excrecencia asombrosa que le hubiese salido a la tranquila plaza mayor de la capital.

9

Los gendarmes estuvieron construyendo hipótesis sobre la procedencia, destino y contenido del cajón, mientras le daban reconfortantes chupadas a sus cigarrillos. Ahuyentados por el frío, decidieron irse otra vez junto a la estufa y comunicar el suceso a sus superiores cuando fuese de día.

10

El 4 de diciembre amaneció nublado. El desorbitado cajón, en medio de la plaza, bajo la lluvia menuda y persistente que en el norte llaman *sirimiri,* evocaba el aspecto de ciertas construcciones del pasado particularmente enigmáticas, esos monumentos simples y geométricos erigidos con fines mágicos que, pese al transcurso de los siglos y la costumbre de verlos, no dejan de asombrarnos. Se habían reunido unos trescientos vecinos a su alrededor formando un círculo grande, y todo el mundo atribuía la presencia de aquella cosa gigante a algún proyecto tramado discretamente por la corporación municipal. Se deducían posibilidades diversas, pero la más aceptada en líneas generales era la que afirmaba que dentro del cajón yacía una gran estatua que sería colocada en la cima central del edificio del ayuntamiento.

11

El alcalde era un tipo joven y bajito del partido centrista, con gafas, traje gris y corbatas detonantes; no porque tuviese el propósito de *épater* a nadie, sino a causa de su insoslayable mal gusto. Se sintió muy confuso cuando le dijeron que en la plaza había un enorme cajón que unos hombres habían traído de madrugada dirigido al ayuntamiento; bueno, cuando vio el tamaño impensable del contenedor le pareció un asunto lo suficientemente complicado como para optar por comunicárselo al gobernador.

12

Es obvio que resulta baladí para la buena comprensión de este comunicado explicar de qué forma los elementos que ocupaban cargos decisorios en la ciudad, aquejados de un montón de dudas y de la indecisión propia de la gente irrelevante, demoraron cualquier acción relacionada con el enorme mamotreto, que permaneció arrojado en la plaza, bajo la lluvia torrencial que vino después, sin que nadie se decidiese a hacer nada con él.

13

Una muchacha rubia, con una bonita melena larga y rizada que casi le llegaba hasta la cintura, cuando regresaba corriendo hacia su casa a las diez de la noche, haciendo repiquetear sus tacones sobre las losas de la plaza, se detuvo en seco junto al extraordinario cajón cuando pasaba junto a él. Venía de besarse con su novio en la oscuridad del parque y estaba contenta, con ese estado de ánimo exultante que permite no tenerle miedo a nada. Había oído algo *dentro* del singular envase.

14

No un ruido fortuito o mecánico, producido por cosas inanimadas al quebrarse, golpearse o caerse. Era otro asunto. Por eso se detuvo. En diciembre, con lluvia y frío, nadie permanece en la calle a las diez de la noche. La plaza estaba desoladoramente vacía. Durante apenas cinco o seis segundos permaneció escuchando. Dentro oyó algo semejante al ruido acompasado de un fuelle que recogiese y expulsase aire, provisto de una cadencia lenta. Realmente no se asustó, pero aquel resoplido pausado, que quizá recordase a una respiración humana, le permitió construir diversas hipótesis sobre lo que había dentro. Pensó en alguna clase de máquina neumática, y cuando penetró en su casa y se sentó en la mesa familiar para cenar, no le contó nada a nadie.

15

Al día siguiente, al regresar otra vez de recrearse en lascivos juegos amorosos con su novio en la oscuridad del parque, se detuvo a propósito junto a la enorme caja. No llovía. Contuvo la respiración y escuchó con fijeza. No cabía duda; ahora el rítmico sonido respiratorio se oía con mayor precisión, lento y enorme, como si se tratase del bombeo de aire en un pecho gigantesco; más bien un ronquido profundo y escalofriante que no se detectaba de día a causa de los ruidos que flotan en una población en plena actividad. Entonces se alejó sin correr, con el ánimo ligeramente encogido, conjeturando sobre una probabilidad cuya aceptación resultaba imposible: que dentro hubiese *alguna cosa viva* que despertaba lenta, muy lentamente después de un prolongado sueño o letargo.

16

—¡Cruje!

—¡Es cierto, cruje mucho; como si algo se removiese dentro!

Al día siguiente diluviaba sobre la pequeña ciudad esteparia, y los comerciantes que tenían sus tiendas bajo los soportales de la plaza, pescaderos, ultramarinistas o fruteros, así como los camareros de los bares, permanecieron toda la mañana expectantes, justo al borde de las bóvedas, a cubierto del agua, observando inquietos el monstruoso cajón empapado que había comenzado a crujir de forma alarmante. Parecía como si algo, desde dentro, hiciese presión hacia el exterior, y todo el mundo había detectado ya el sonido procedente de su fondo, cavernoso y rítmico, semejante a la respiración de un Gargantúa cada vez más agitado.

17

A las doce de la mañana, aparecieron diez policías nacionales que rodearon el cajón provistos de metralletas y despejaron de público el espacio central. Un gentío hormigueante se reunió bajo los soportales con la vista clavada en el fantástico estuche de madera y en sus ojos comenzó a dibujarse la extrañeza tintada de remotos terrores que atenaza a la gente pusilánime cuando asiste al inicio de un suceso impensable que, de sopetón, se introduce en sus vidas cortando el hilo consuetudinario de sus inicuos actos cotidianos.

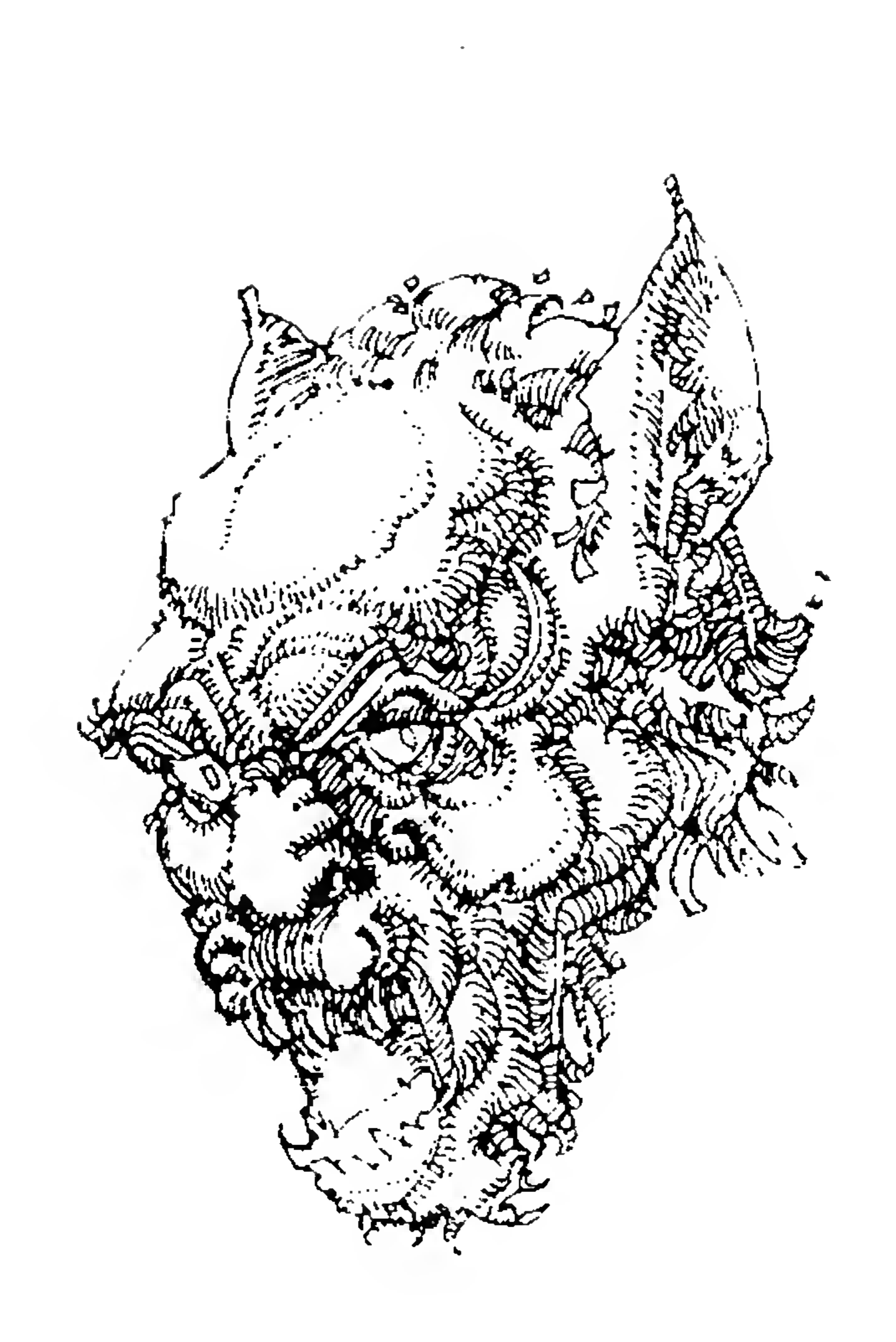
18

A las 12,04 del mediodía, saltó por los aires una madera rota a causa de la presión ejercida por algo desde el interior, y se vio dentro del cajón mucho pelo brillante y oscuro, empapado por el aguacero. La gente, aterrorizada, pisoteándose en la penumbra húmeda de los soportales, corrió despavorida en busca de una incierta escapatoria. Los chillidos de las mujeres tenían un singular *swing* apocalíptico. Los policías nacionales abandonaron sus puestos de guardia porque también es personal que tiene todo el miedo del mundo en el momento adecuado. En un

instante la plaza se quedó desierta. Unicamente, junto a una de las columnas de forja que sostenían las techumbres, la bonita chica de la melena larga rizada, permaneció inmóvil mirando al enorme cajón, con sus ojos grises cegados por el resplandor que produce en los temperamentos curiosos y valientes el espectáculo de lo insólito.

19

Saltaron otras maderas; un crujido prolongado y rechinante acompañó la destrucción definitiva de la tremenda caja y varios fragmentos de astillas volaron hacia el cielo gris de la mañana. Ella vio entonces lo que había dentro, la cosa que se incorporaba, peluda y ciclópea, desde los restos de las tablas destrozadas. Al ponerse en pie pareció llegar hasta el cielo, y sus ojos, semejantes a dos hondos rubíes carmesí llenos de ira, mostraron toda la belleza bestial de la expresión de un simio gigante ofuscado por la cólera. Era un tremendo gorila marrón que levantó un puño demoledor mientras lanzaba un gruñido oscuro y despectivo. Enseguida lo descargó como un mazo centelleante que destrozó el ala derecha de la techumbre del ayuntamiento nórdico. Ciego de ira, proyectó impactos destructores sobre la fachada, y mientras se derrumbaba el muro principal y saltaban hechas añicos las vidrieras de colores, el mono gigante giró la cabeza y la vio a ella. Cruzaron sus miradas a través del chaparrón, y la chica evocó atónita carteleras, fotogramas, películas y comics; cuando sus labios musitaban la enigmática frase «KING-KONG, mi amor», la impresionante mano del simio la recogió con extremada suavidad y, haciéndola viajar treinta metros hacia las nubes, la colocó frente a sus ojos. Su expresión cambió en seguida. Un destello de ternura y mansedumbre se fijó en sus pupilas y, deslumbrado, permaneció mirándola incrédulo bajo la lluvia. Después comenzó por desliarle la bufanda azul y roja que tenía enrollada en torno al cuello, despacio y divertido. Ella no sintió ningún miedo.



El asesinato de los dorílidos





El asesinato de los dorílidos

Jesús María Zuloaga Zuloaga

Y aparecieron cucarachas, escorpiones, arañas... Miles de insectos hambrientos de un hambre de venganza retenida cientos, acaso miles de años.



MALDITOS imbéciles! Unos botes, unos cilindros, llenos de licores venenosos, aniquiladores, pintados con figuras de insectos condenados a muerte; unos pulverizadores que, con una sola mano que sostiene, un solo dedo que apreita el siniestro artilugio que expele destrucción, son, en las estanterías de los supermercados, en las tiendas de cualquier pueblo, ¡hasta en las farmacias!, anuncio de suicidio brutal... epitafio para insectos que quieren vivir, como perros guardianes, con el hombre, y éste, no les quiere, y les rechaza.

¡Con una sola mano, un solo dedo que aprieta el ingenio, por donde abre su amenaza el orificio letal, el hombre prepara, con la frivolidad de quien espanta moscas con el plumero, su propia destrucción!

* * *

Esta fue la historia del intento de aniquilamiento de la República de los Dorílidos... de la Gran Familia guerrera que tenía en su propia feroz brutalidad, espantosa, la mejor defensa del hombre, frente a los pobladores hambrientos del bosque, los pequeños bichos que muerden poco a poco, los que están en los

rincones descuidados de los desvanes y de las habitaciones donde el sol apenas entra, donde el aire está siempre quieto. ¡Pequeños implacables enemigos que, sólo ellos, los guerreros de la República silenciosa pueden vencer, destruir, reducir a obediencia manteniéndoles en alejada y temerosa actividad, que deja a salvo al hombre... ¡Ese mismo hombre que ahora mismo, ¡Dios!, está apretando el botón del cilindro metálico «Mata-Hormigas»...!

¡Malditos imbéciles!...

Esta es la historia aquella...

Fue inútil que los historiadores clamaran por el primer estremecedor testimonio venido de las tierras calientes de Méjico.

Tal testimonio aparece en un diario que escribió el secretario del Padre Alonso Ponce, General de la Orden Franciscana en Méjico, durante los años 1584 a 1589. Al describir la situación de una parroquia de la diócesis de Guadalajara, dice lo siguiente: «Hay muchos escorpiones venenosos y chinches voladoras y otros insectos, todos ellos repugnantes y de picadura dolorosa, contra los cuales ha provisto Dios este maravilloso remedio: en ciertas ocasiones llegan a la ciudad grandes ejércitos de unas hormigas a las que llaman arrieros, las cuales entran en las casas y, sin hacer daño a nadie, se suben a los tejados, matan a todos los escorpiones y chinches que se encuentran y los tiran después a la calle. Tras haber hecho esto en una casa, pasan a la siguiente, obran lo mismo, y a continuación se trasladan a otra, y de esta manera lo van limpiando todo».

También, de nada sirvió la sabiduría de que Darwin, en el otoño de 1832, encendiera la luz roja de peligro. Ni que más cerca en el tiempo, el doctor Theodore C. Scheineirla, en 1932, repitiera que había que dejar aparte a los batallones de los dorílidos. Tampoco fueron oídos los gritos de angustia de Albert Raignier, Joseph K. Van Boven, James W. Chapman y Thomas Borgmeier...

Nada se hizo hasta que, tras el asesinato de los

guerreros, entró en la ciudad la muerte, a dentelladas diminutas, como alfileres mojados en ácido, de aquellas negras, peludas bocas insaciables, ahora en la impunidad del enano que salta por encima del gigante vencido y ataca.

La ciudad estaba de fiesta en todos y cada uno de sus barrios, menos en el suelo de las praderas donde las hormigas macho, los guerreros dorílidos yacían sin vida. La ciudad se entretenía aturdida insensatamente en la inauguración de los nuevos espacios verdes, de los espacios ecológicos defensores de la naturaleza maltrecha por las urbanizaciones.

La banda de música tocaba en el Gran Parque, debajo justo de la centenaria olma gigante.

En este punto, empezó la guerra de revancha de los insectos «gobernados» hasta entonces por la necesaria dictadura de los guerreros, de los dorílidos ya acabados, por la estúpida acción de los insecticidas indiscriminados. ¡Una vez más, el hombre mataba sin mirar antes!

Ved.

Sobre los labios aplastados del que soplaba en la caña cortada del clarinete cayó la primera araña... Era una araña pequeña; pero si el desgraciado músico hubiese podido verla con lente de aumento, hubiera descubierto con pavor que el insecto tenía los ojillos cuajados de sangre y reía truculentas carcajadas. Sí, sí, carcajadas histéricas entrecortando «palabras» que «decían»:

—Imbécil... idiota... vas a morir a partir de ahora... tú has quitado de en medio a nuestros enemigos. Los dorílidos han muerto. Tú los has matado. Ahora mandaremos nosotros. Sí, sí. Tú los mataste. ¿Recuerdas?... ¡Ja, ja, ja!... El cilindro colorín colorado en la mano, y el dedo índice, a punto. ¡Aprieta cretino! Todos ellos paralizados primero y muertos después... No ha quedado en este contorno ni uno.

Después fue una preciosa mariposa, alas de nácar, colores como de esmalte fino, brillo de metal precioso la que cayó en picado en el escote mismo de

una dama exuberante. Un susto sonriente. Henchida de vanidad, la dama miraba a su alrededor buscando en el asentimiento, en el aplauso tácito de cuantos la acompañaban el reconocimiento de la bella conjunción que mariposa y pecho palpitante componían en aquel momento. Era una mariposa helicónida de grandes alas finas y suaves en las que los amarillos y ocres predominaban sobre todo otro color, rematado todo ello con el alfiler azul del alargado cuerpo del insecto. La dama tomó con la punta de los dedos una de las alas de la mariposa. De pronto, aquella belleza pequeña y singular se convirtió en agresión toda ella, repentina, furiosa que entró por entre los abundantes senos hacia abajo. La infeliz gritó, gritó mirando al cielo primero, después a los lados buscando con angustia una ayuda imposible. La helicónida iba tomando posesión de su cuerpo entero y, en los lugares más sensibles, mordía sin piedad, mordía hasta el fin, hondamente.

El dúo de gritos lastimeros de la dama y el músico fue como una señal.

Una serpiente arborícola de cabeza achatada iba al frente de la tropa espantosa.

Ved... ved... ved, aunque la visión os rompa de pavor el alma y tuerza vuestra garganta de angustia.

Ese escarabajo enloquecido que trepa por el rostro del niño y muerde primero en un ojo y luego en otro. Cae al suelo el infantil cuerpo. Más escarabajos, más arañas, escorpiones, espesas masas de hormigas estériles. Todo ello fue trepando hasta cubrirle por entero; fue trepando lenta, pavorosamente hasta ser alfombra, hasta ser manto sobre el cuerpo del desdichado.

Una mano que apoya la palma en el follaje de una enredadera. Las arañas aquí no son pequeñas, arañas de campo de color ceniza, sino negras como tarántulas venenosas. Todas en tropel se agolpan en la mano. Ninguna de ellas «piensa» en subir brazo arriba. Les basta la mano para entrar en la sangre del infeliz y llevarlo al suelo retorcido de dolor.

El gentío parece bailar una danza infernal. Por abajo cucarachas, escorpiones, arañas y otros viles insectos; por arriba mosquitos, abejas, avispas, mariposas, todos ellos enloquecidos, todos ellos irritados, hambrientos, hambrientos de un hambre de venganza retenida cientos, acaso miles de miles de años.

Como cascada de una charca repugnante ranas y sapos caen dentro del trombón del músico; ensucian las cabezas de todos y después resbalan por el rostro. Unas veces van directamente al suelo y otras se filtran, se cuelan por entre las ropas y hacen más apestosamente blando aquel horror.

¡Ah, pero aún no habían llegado las ratas!

La gran familia roedora, habitante permanente de las cloacas, sale por las alcantarillas impetuosamente y alcanza en pocos segundos el sitio en donde los insectos les han precedido en la truculenta labor. ¡No, no... No cerréis los ojos, abridlos puesto que vosotros mismos, y no otros habéis sido quienes han maniatado primero y derribado después a quienes mejor podían defenderos!

La acción de los insectos no ha producido sangre aún. Pero las ratas sí. Los finos dientes de aquellos seres que brincan por los cuerpos aún vivos hacen brotar el rojo testimonio de la sangre. Y son el calor y el color de ésta quienes enloquecen aún más a los miembros de aquel despiadado y vengador enemigo enano.

Por último, si es que el final podía ser posible en aquellos momentos, por último, digo, llegaron las lombrices de los cementerios llamadas misteriosamente por la voz de miedo.

Ved aquella mujer que trata de incorporarse. Sus cabellos son una mezcla de avispas, abejas, lagartijas, lagartos, sapos y lombrices. Sus manos mordidas, como hormiguero fabricado en la esfera de un péndulo activo. Sus ojos ya no existen y en sus huecos habitan, disputándose el sitio, toda suerte de malditos insectos.

Sí, todos lo sabemos.

Muy otra hubiera sido la suerte de aquel gentío desgraciado si no hubiesen muerto asesinadas estúpidamente las hormigas arrieros, los dorílidos.

«La aparición de una columna de esta clase de hormigas siembra el pánico por doquier. Los insectos alados levantan el vuelo; los saltarines, cuando ven que se aproxima la voraz y terrible horda, escapan con frenéticos brincos. Las criaturas de andar más lento —incluso alimañas tan terribles como la tarántula, el escorpión, la solitaria hormiga obrera gigante y la araña licósida— son alcanzadas y despedazadas. Sus esfuerzos por escapar resultan vanos, pues si bien las hormigas son casi ciegas, pueden percibir el movimiento y arremeten contra todo lo que se mueve. Impávidas abruman numéricamente a sus víctimas. Penetran en los nidos de otras hormigas y libran con ellas encarnizadas batallas subterráneas. Invaden los palacios de papel de las avispas y les arrebatan las larvas.

Estas batallas no se libran sin bajas y son muchas las hormigas que caen en la lucha».

Pero ya entonces era todo inútil. Imposible ver a los combatientes dando muerte a sus presas.

«Los pelotones de obreras se llevan a los escondites de retaguardia los pedazos que posteriormente servirán de festín a la reina, a las crías y a las hormigas nodrizas que se han quedado en el vivaque. Incluso animales de gran tamaño, sobre todo, si se encuentran imposibilitados o enfermos, sucumben al ataque de las hormigas guerreros».

De las entonces ausentes y vigilantes y necesarias hormigas protectoras del necio ser humano.

Todavía en la mano de uno de los caídos, un hombre joven, descubrimos el bote, el cilindro lleno de licor venenoso. Su dedo índice quedó a punto de apretar el artilugio para la destrucción indiscriminada. Mataba sin mirar y murió sin ojos.

Así el horror llegó el viento y con su fuerza las aves, los murciélagos y los vencejos que casi rastrean el suelo. Pero también venía el polvo en nubes espe-

sas que oscurecían la poca luz del atardecer que ya para entonces era muerte, en un silencio apenas interrumpido, sólo mordido a veces por el estertor de agonía de los que morían los últimos.

* * *

Una ansiosa pregunta aparecía colgada de la inmensa telaraña que componía aquel caos:

¿Habría muerto también en el asesinato provocado por el hombre la Reina de las hormigas guerreros?

De la montaña bajaba un ruido, un largo suspiro como de prisa incontenida. Dos figuras humanas descomunales, gigantescas, de negro color avanzaban cogidas de la mano. Hemos dicho figuras humanas. Mirémosles mejor: brazos y pies tenían algo de la forma de los insectos, de las hormigas guerreros. Pero eran hombres. Hombre y mujer, que entraban ya en aquel solar de muerte.

A patadas y manotazos hicieron escapar a la muchedumbre invasora que se había creído libre hasta entonces. Debajo los cadáveres. Resto de huesos y carnes rotas. La pareja se postró de hinojos y prorrumpió en un incontenible llanto sonoro.

¿Por quién llorarían?

Por la insensatez del hombre y por la indefensión de las hormigas guerreros. Una y otro parecían hechos de los dos seres: del hombre y de la hormiga. Tal fenómeno encontraba explicación en el recuerdo registrado en la prensa local de una pareja de biólogos que quiso encerrarse en la soledad de una cueva, para vivir, sin más recursos que los que la propia naturaleza les dispensara, un tiempo que se suponía ilimitado. Y su alimento principal fue precisamente el picante, agridulce sabor de las hormigas. Después, un día, atraídos por la fuerza que emanaba de la lucha sin par que reñían en los parques de la ciudad, hombres vencidos e insectos malditos llenos de rabia, también asesina, salieron de la cueva y, como les hemos visto, cogidos de la mano, llegaron hasta el lugar.

Están de rodillas. Gimen. Ahora, entrecruzan la mirada y, después de enjugarse los ojos con el antebrazo, funden su amor en un abrazo cerrado, en un beso ancho y caliente.

En la obscuridad de la noche, ellos también negros, consumaron el acto carnal de ayuntamiento entre uno y otro. No era nada forzado ni previsto. Lo que ocurría podía titularse hijo consecuente de lo acontecido. La naturaleza debía continuar. Y puesto que bajo ellos no existía más que muerte y a su alrededor vigilante ansia asesina era preciso revivir.

Ella quedó embarazada, mejor dicho, preñada y... nacieron seis criaturas, seis reinas vírgenes y unos dos mil machos. Todos ellos mezcla de hombre y hormiga.

Estaba él contemplando sonriente, con los brazos cruzados, el feliz acontecimiento, aquel increíble, sobrenatural alumbramiento lleno de promesas de esperanza, cuando de pronto, por sobre las montañas, corriendo alocadamente camino abajo llegaron hombres y más hombres todos ellos armados de manera idéntica.

En la mano derecha un bote, un cilindro lleno de licor venenoso, aniquilador, pintado con figura de insectos condenados a muerte. Eran los pulverizadores que, de nuevo matarían sin ver, sólo para evitar una inexplicada repugnancia, un miedo nunca demostrado.

La pareja cayó fulminada en la masa espantosa que fue por fin definitivamente pulpa lívida de cadáver repelente, que ni siquiera los insectos que desde lejos observaban la escena quisieron para sí.

* * *

En la tierra cada criatura presta un servicio determinado. Esta verdad indiscutible la aceptan todos los seres de la Creación menos uno. Sabemos todos quien es. El hombre.






La celda de los leprosos

La celda de los leprosos

Tomás L. Verdejo

En aquel museo del terror y del miedo estaban representadas todas las crueldades, todas las torturas de la historia de la humanidad: el Diluvio Universal, los circos de la Roma Imperial, la Inquisición, Hiroshima... Pero en los sótanos había una sala verdaderamente especial.



CRISTINA volvió a contemplarse, esta vez en el espejo del vestíbulo, antes de abrir la puerta que la conduciría al jardín ante cuya verja se hallaría Eloy esperándola. Era deliciosamente atractiva y ella lo sabía, sin lugar a dudas, y sabía también que la expresividad de su juvenil rostro, mezcla hirviente de inocencia y sensualidad, era capaz de producir estragos en los hombres más inaccesibles. Tras un pícaro mohín dedicado a sí misma a través del espejo, abrió la puerta y salió al fin, cerrando a su espalda.

En efecto, allí estaba él, sentado ante el volante de su singular coche, tan negro como anacrónico. Se trataba de un Citroën de la década de los cincuenta, con aire inequívocamente alcaponiano.

—¿Por qué no propones la venta del coche a la dirección del museo? —bromeó, mientras abría la vieja portezuela y los goznes chirriaban como en el más tenebroso efectismo de una película de terror.

—Entre otras cosas de menor importancia, porque no creo que este cacharro pudiese aterrorizar a nadie; pero, fundamentalmente, porque vamos a un auténtico museo del terror y no a una sala destinada a asus-

tar a los niños y a provocar sonrisas o bostezos en los mayores que les acompañen.

—¿Te enfadas por lo que de peyorativo has creído que pudiera tener mi comentario hacia tu coche, o es la seriedad de ese museo lo que te molesta que pueda ser objeto de burla?

—No me enfado, ni por una cosa ni por otra...

Los vivaces y bellos ojos de la muchacha buscaron los de Eloy, teniendo la fragil estructura de un puente de amor sin concluir.

—Haces bien, porque de ningún modo he pretendido ofenderte. Tú sabes que me encanta este coche; en cuanto al museo, aún no puedo darte mi opinión, porque no lo he visto, pero si a ti te gusta, no cabe duda de que debe ser muy interesante. Lo digo de verdad; no te estoy haciendo la pelota.

Mientras el coche iba alcanzando las calles del núcleo urbano, Cristina dudó entre preguntar a Eloy el motivo de que la hubiera estado esperando en el coche, sin querer entrar en la casa, o silenciar el tema como si careciese de mayor importancia, decidiéndose por esto último, puesto que conocía la respuesta a su pregunta. Era muy poco el tiempo que llevaban saliendo juntos y él no quería precipitarse dotando a sus relaciones de un formalismo familiar que pudiese comprometerle o menoscabar su independencia para decidir lo que podría o no serle conveniente. Ella compartía esta forma de entender la relación entre los dos.

Bruscamente, y coincidiendo con el desgarrado chirriar de los frenos, se sintió proyectada hacia adelante, estando a punto de golpearse contra el cristal delantero. Era un paso de peatones. La gitana que había estado a punto de ser atropellada, clavó el brillo de su mirada plateada en los ojos aún asustados de Cristina. Fue un período de tiempo indeterminado —¿segundos o siglos?—, pero, en cualquier caso, bastó para que la muchacha advirtiese que la extraña y hermosa gitana, no la miraba con odio ni con ren-

cor; era una inquietante mirada de compasión, de lástima... De piedad.

Cuando Eloy volvió a poner el coche en movimiento, ella se giró en el asiento, a impulsos de una inidentificable ansiedad, buscando con su mirada la de aquella inquietante gitana. Y la encontró. Lejos ya. Desde la acera, al borde del paso de peatones cuyo dibujo sobre la calzada le era imposible divisar.

—¿Te has fijado en cómo me ha mirado?

—Bah... Olvídalo. ¿Qué sería de muchos de estos gitanos si se les viniese abajo el tinglado de superstición y de brujería que tienen montado?

—Es decir, que tú también te has dado cuenta...

—Es la forma de echar el anzuelo sobre un posible cliente. Ha pensado que mañana o pasado puedes volver a ese lugar con la única intención de buscarla y tratar de obtener una explicación sobre su «enigmática y esotérica» mirada.

La sala había sido abierta en una calle tan estrecha como plagada de contaminación, en el casco antiguo de la ciudad, y la fachada respondía a un caserón del Renacimiento que, en sus días de esplendor, debió pertenecer a familias feudales o a altos jerarcas de la Iglesia. La puerta de entrada, tallada con motivos casi en su totalidad místicos o religiosos, se integraba en el formidable conjunto de un portalón de madera tan vieja como recia, con un deteriorado escudo de armas, que aún parecía guardar reminiscencias de su antigua soberbia, sobre el arco de piedra.

—Dicen que fue casa de la Inquisición y que los sótanos no eran otra cosa que salas de torturas —comentó Eloy, subiendo el coche a la acera, ante la imposibilidad que ofrecía la calle de estacionar a ambos lados de la calzada.

—Podríamos dar una vuelta a la manzana, o esperar un poco, a ver si nos dejan hueco...

—No creo que vengan a llevárselo. Anda, baja y entremos.

Tras el portalón, hallaron un amplio vestíbulo, con suelo de madera vieja y crujiente, paredes de yeso y

techo alto sostenido por arcaicos troncos convertidos en vigas. Antes de llegar al gran arco de medio punto que daba acceso a un patio empedrado, se hallaban dos arcos rebajados, a derecha e izquierda, convertidos en pórticos de las escaleras, de madera tan vieja como la del suelo del propio vestíbulo, que accedían a la galería que rodeaba el patio.

Se decidieron por la escalera de la izquierda y, temiendo que en cualquier momento sus pies fueran apresados por los tétricos peldaños, llegaron a la galería. Las antiguas y espaciosas habitaciones habían sido habilitadas como salas, dedicándose cada una a un motivo concreto.

Cristina se sintió sorprendida, aunque en modo alguno defraudada. No se trataba del esperado y clásico museo del terror, con preponderancia de monstruos populares, de los que han pasado a convertirse en juego y diversión de niños —allí se prohibía la entrada a los menores de dieciocho años—, si no que el argumento generalizado se cimentaba en la propia historia de la humanidad, aunque en todo momento se prescindiese de nombres propios. Cada escena era aislada de las demás por medio de paredes a modo de biombos, siendo cuidado hasta el último detalle, de modo que la expresión aterrada de los hombres, ancianos, mujeres y niños, que se ahogaban víctimas del Diluvio Universal, provocaba escalofríos en el más insensible de los visitantes. Un gladiador devorado por las fauces sangrientas del león; una mujer, y su hija de ocho o diez años, violadas por la furia salvaje de los bárbaros; hombres y mujeres, desnudos, víctimas del «baño frío» en un campo nazi; una muchacha japonesa dando a luz un monstruo de dos cabezas como consecuencia de las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki... Todo era como una singular historia del terror real, más estremecedor que el que jamás hubiese podido surgir de la mente del más imaginativo y genial de los escritores o guionistas cinematográficos.

—Es extraordinario... —comentó, apretándose instintivamente contra Eloy.

—Ya te advertí que se trataba de algo único y no de Frankestein ni de Drácula.

Siguieron recorriendo las distintas secuencias del terror histórico, en tanto Cristina advertía que las emociones producidas por aquel inesperado espectáculo iban ganando la batalla al aplomo mental y, en consecuencia, a la firmeza de su voluntad. Tenía miedo. Pero, ¿por qué? Las escenas que allí se representaban podían producirle tensión, incluso horror... Pero miedo...

Y surgió en su cerebro el brillo plateado de la mirada gitana; pupilas cargasas de tristeza, de lástima... De pena. Sus manos se aferraron a uno de los brazos de Eloy, dispuesta a pedirle que salieran de aquel lugar, con la promesa de volver otro día cualquiera...

—En los sótanos está lo que yo considero más interesante. Ven.

Le faltó capacidad para reaccionar y se dejó conducir por el dinamismo de Eloy, cuyo ánimo no parecía sufrir la más insignificante alteración.

Bajaron al patio por el fondo, pasando por debajo del arco que confrontaba con el del vestíbulo, y él se dirigió, con paso decidido, hacia una puerta situada en uno de los rincones, semioculta por las esparragueras.

—Ahí abajo estaban las celdas al interrogatorio de los herejes, que casi siempre eran judaizantes, brujas o mahometanos.

Descendieron por una escalinata estrecha, de paredes húmedas, medio iluminada por ascentrales candiles que iban empapando la carcomida madera con el goteo de su aceite.

Un pasillo tenebroso, de barro y piedras, a cuyos lados se abrían dos filas de negras mazmorras, todas ellas sin puerta, convertidas en singulares «salas de exposición». Tal como Eloy había anunciado. En cada una se representaba una escena de tortura-interrogatorio, con figuras de piedra, madera o cera.

—Somos los únicos —comentó Cristina, sintiéndose definitivamente envuelta por una extraña sensación de inquietud, en cuyo centro parecían brillar los ojos de la gitana que habían visto en el paso de peatones—. ¿Por qué no bajan algunos de los visitantes que hay en las galerías?

—Estas salas aún no han sido abiertas al público.

—Entonces deberiamos irnos...

—No te preocupes —dijo él, reteniéndola por un brazo y sonriendo de forma cariñosa y protectora—; a nosotros no nos dirán absolutamente nada, aunque nos descubran. Ya te he dicho que soy muy amigo del hombre que lleva todo esto. El mismo me aconsejó que no dejara de echar un vistazo a este sótano; le interesa mi opinión.

Los sistemas de tortura del Santo Oficio estaban representados en toda su crudeza. Cristina pensó que incluso de forma exagerada.

En «la garrucha», el inquisitoriado, desnudo en su totalidad, colgaba de una cuerda atada a las muñecas que pasaba por una polea que se sujetaba a una de las vigas del techo y de cuyo extremo tiraban un par de encapuchados. De los pies del torturado colgaban unas pesas de hierro, de modo que sus miembros se viesen dolorosamente tensados, próximos al resquebrajamiento. Sobre su rostro, descompuesto por el dolor, se inclinaba un clérigo, portando una cruz, en tanto un segundo se sentaba en un sillón de soberbio respaldo —éste con una cruz mayor— y contemplaba la escena con expresión entre piadosa y justiciera, franqueado por dos alguaciles o soldados del Santo Oficio.

En «la toca», la víctima era atada sobre un bastidor, en tanto los verdugos —o torturadores anónimos— le forzaban a abrir la boca, introduciéndole una toca, o paño, hasta la garganta, para obligarle a tragar agua vertida lentamente. Para verter el agua se empleaba un jarro y la intensidad de la tortura variaba según el número de jarros que se hubiesen utilizado.

«El potro» consistía en atar al supuesto hereje de

pies y manos a un bastidor o banqueta, al tiempo que la cuerda pasaba también por el resto del cuerpo —ingles, vientre y pecho—, de forma que, dependiendo de la presión efectuada sobre aquélla, la carne desnuda del torturado era rasgada con menor o mayor violencia. A la luz de los verdes cirios que alumbraban el gran crucifijo, a cuyo pie se sentaba el secretario inquisidor, resaltaba una sentencia que aparecía manuscrita en un pliego pegado a la pared:

«CHRISTI NOMINE INVOCATO.—Fallamos atentos los autos y méritos del procesado, indicios y sospechas que resultan del dicho, que le debemos condenar y condenamos a que sea puesto a cuestión de tormento, en el cual mandamos esté y persevere por tanto tiempo cuanto a Nos bien visto fuere, para que en él diga la verdad de lo que esté testificado y acusado; como protestación que le hacemos que si en el dicho tormento muriere, o fuere lisiado, o se siguiere efusión de sangre, o mutilación de miembros, sea a su culpa y cargo, y no a la nuestra. Y por esta sentencia, así lo pronunciamos y mandamos...»

Seguían la prueba de las brasas, y la del hierro rojo, y la del caballete, y la del sol, y la del fuelle, y la del aire frío... Pero, sin duda, la que más impresionó a Cristina fue la del «ataúd», consistente en introducir al torturado en un ataúd de madera que luego se cerraba. El supuesto hereje debía sobrevivir con el aire contenido dentro de la caja. Si no estaba dispuesto a confesar, permanecía mudo a los dos golpes que, de vez en cuando, daba el verdugo sobre la tapa; si había decidido admitir su culpabilidad, sólo tenía que contestar con dos golpes idénticos.

—Debería ser horrible. Cuando a ese hombre, o a esa mujer, le faltase el aire, arañando en la tapa de la caja, forzosamente tendría que acabar admitiendo las culpas que le hubiesen atribuido, aunque se tratase de injurias.

—Ven —dijo Eloy, sin contestar a su comentario—; no todo se reduce a actuaciones inquisitoriales.

En efecto, no se habían descuidado otras expresiones del horror medieval, tales como la crueldad de las

guerras santas, el hambre de los vasallos o la exterminación por la peste... Los ya inquietos ojos de Cristina se detuvieron de forma especial sobre el impresionante cuadro que, en la última celda del sótano, formaban unos encapuchados acurrucados contra las paredes, con rostros demudados por el dolor y desfigurados por la progresión implacable de la lepra. Volvieron sus manos a buscar la proximidad del cuerpo de su acompañante. Era increíble el realismo de aquellas figuras; tanto que, de no haber sido por su quietud, hubiese jurado que se trataba de seres vivos. Sintió como un hálito de aire frío que, naciendo en su nuca, se deslizó médula abajo, provocándole una súbita sacudida.

Chirriaron desagradablemente los goznes de la puerta que daba al patio y los golpes producidos por unos zapatos al pisar los escabrosos peldaños de madera resonaron de manera tétrica en el oscuro y frío ámbito del sótano que bien hubiera podido ser utilizado para bodega. El cuerpo de la muchacha se incrustó materialmente en el de su joven amigo, mientras esperaban el momento de descubrir a la persona que bajaba.

Se trataba de uno de los empleados que se encargaban de vigilar el movimiento de los visistantes.

—La grúa está cargando su coche —comunicó, dirigiéndose a Eloy—; si sale ahora mismo, evitará que se lo lleven.

—Espérame aquí mismo —dijo él—; volveré en un momento.

—Voy contigo —casi exclamó Cristina, aterrada ante la idea de quedarse sola en el sótano.

Los ojos de Eloy buscaron los suyos, con un brillo de humillante burla.

—Esa igualdad absoluta, o incluso esa superioridad sobre el hombre, a la que tanto aspiráis las mujeres, tiene que extenderse también a situaciones aparentemente tan insignificante como esta... En fin, ve tú a pagar la multa y yo te espero aquí... Aquí tienes dinero, y la documentación...

Su actitud produjo el efecto deseado sobre el orgullo femenino.

—Si tú puedes quedarte solo, también puedo quedarme yo.

—Así me gusta. Aunque a veces penséis lo contrario, un hombre de verdad se siente mucho más atraído por una mujer decidida y con empuje que por otra lánguida y sin carácter. Volveré en seguida.

Cuando Eloy le dio la espalda y echó a andar hacia la puerta, en compañía del empleado, sintió ella como se diluía el arrebato de orgullo hasta el punto de permitir la irrupción en tromba de aquel pánico que, segundos antes, había helado su médula espinal. Fue a llamarle, definitivamente olvidada de todo matiz pro feminista, y la puerta se cerró con resonancias en la pétrea y terrosa bóveda.

Recurrió al límite de sus fuerzas psíquicas, aferrándose al punto de orgullo que aún pudiera quedarle en pie. Quiso pensar en aquellas mujeres que en verdad padecieron los horribles rigores de las situaciones que allí se representaban y lo estúpido y hasta despreciable que les parecería su pánico ante figuras sin vida, simples muñecos de uno u otro material. Y se sorprendió a sí misma avanzando hacia aquella celda que le había causado tan profunda impresión. El horror de la lepra. Todos eran hombres, ataviados con andrajos que mal podían ser disimulados por los negros y sucios capuchones que semiocultaban sus rostros. Eran seis en total. Dos se hallaban tendidos de bruces sobre la tierra húmeda; un tercero apoyaba la espalda en uno de los ángulos de la celda, con la mirada fija en la carne de sus manos, en descomposición, en tanto otro permanecía encogido, acurrucado contra la pared, hecho un ovillo, como si pugnase por evitar que fuese descubierto ni un milímetro cuadrado de su piel; uno más aparecía sentado, con las rodillas estiradas y los ojos clavados en la pálida llama del candil que sostenía en su diestra. El rostro de éste último, difusamente iluminado, aparecía cubierto de manchas en carne viva, con oscuridades de sangre

mortecina. Por último, el sexto personaje, estaba de rodillas, en actitud crispada, los puños apretados y la mirada fija en el blanco colchón tendido a la derecha de la puerta. Era un detalle que hasta aquel momento le había pasado inadvertido, dado que, desde el pasillo, no habían podido sus ojos abarcar toda la celda.

Ahora estaba dentro, sin comprender su propia osadía, lenta pero progresivamente ganada por una atracción indefinible que emergía de cada una de aquellas patéticas figuras. No era desafío ni tampoco victoria sobre el profundo temor que, segundo a segundo, la iba poseyendo; era como si de la escena emanase una extraña fuerza sobrenatural que tiraba de ella.

Volvió a posar la mirada en el blanco y limpio colchón, en brusco contraste con todo lo que le rodeaba, y allí, en su mismo centro, creyó redescubrir la mirada gitana, henchida de compasión. Retrocedió de forma instintiva, y en aquel instante, antes de que volviera a encontrarse en el pasillo, oyó la campana. Una inmensa flojedad tiranizó su cuerpo, vaciándolo de energía. Era la campana que colgaba del cuello de cualquier leproso y que éste hacía sonar, cuando caminaba por bosques o campos alejados de lugares que pudieran ser habitados, para avisar de su presencia y alejar de su proximidad a todo el que no hubiese contraído la terrible enfermedad.

Pero aquella campana... ¿quién la hacía sonar? Pasos en el sótano. Lentos, quedos... Como de pies descalzos, movidos por un enfermo. La campana insistía en su tétrico tañer. Y los pasos, apenas audibles, subrayaban la aterrante densidad del silencio que iban atravesando. Hasta aquel momento sólo había captado el olor a humedad de todas y cada una de las celdas, y generalizado en el sótano desde el mismo momento en que se abría la puerta de acceso; pero ahora empezaba a ser dominada por la náusea de una pestilencia que inequívocamente debía identificarse con el olor a carne en descomposición.

¿Dónde estaba Eloy? ¿Por qué no volvía ya?

Salió al pasillo y miró hacia el fondo, buscando con la mirada los primeros peldaños que conducían a la salida, encontrándose con aquella espectral presencia envuelta en un hábito de monje, descalza, con la campana colgando de su cuello y con el rostro parcialmente cubierto por un negro capuchón.

—¿Quién eres...? —la voz fue ahogada y la pronunciación trémula.

Pero la figura se limitó a continuar su avance, directamente hacia donde ella se encontraba, haciendo sonar la campana con ritmo tan lúgubre como monótono, y con la mirada dirigida hacia los pies de la joven, sin que ella, tanto por la penumbra como por la capucha que medio envolvía la fantasmagórica cabeza, pudiese ver, y mucho menos identificar, el rostro que se iba acercando. Retrocedió sacudida por un profundo sobrecogimiento, volviendo a entrar en la celda de los leprosos, sin consciencia de su movimiento. Qudó en el centro, junto al colchón, con los ojos clavados en el hueco de la puerta, oyendo el lento avance del leproso viviente, advirtiendo pronto su alargada y difuminada sombra. Estaba a punto de aparecer al otro lado del carcomido montante.

—¡Eloy!

Repetidamente, gritó el nombre de su amigo, con desesperación pero sin convencimiento; con la seguridad de que él no podría oírla. Quiso llevarse a sí misma el convencimiento de que todo era irreal, producto de una insana pesadilla; o mejor aún, una simple broma. Sí, era eso; una broma del propio Eloy. Pesada. No había duda de que había llegado demasiado lejos. Con el propio escenario —tal vez teatral, pero en cualquier caso tétrico—, con aquel hedor capaz de provocar arcadas en el estómago más recio, con el temblor de las sombras proyectadas por las débiles llamas de los candiles, con el tañer monocorde y penetrante de aquella campana...

Sintiendo que las piernas se resistían ya a sostenerla en posición vertical, tendió los brazos hacia la

figura fantasmal cuando ésta apareció enmarcada por el cerco de la puerta.

—¡Eloy! ¡Eloy, basta ya! ¡Basta!

Pero, lejos de unos brazos amorosos que la envolvieran de forma protectora, encontró unas manos violentas que la empujaron hacia atrás, haciéndole caer sobre el blanco colchón de paja. Al quedar tendida boca arriba, sus ojos se encontraron con los de la figura del leproso que se hallaba de rodillas ante el colchón. Fue como si en su vientre se acabase de producir un estallido de hielo capaz de paralizar, por congelación, cada uno de los órganos que componían su ser; porque aquellos ojos tenían vida y se clavaban en ella, penetrándola, como dos cuchillos que rasgasen la ropa que cubría su cuerpo, sometiéndolo, indefenso y desnudo, al brillo lujurioso y macilento de unas pupilas vivificadas por el deseo.

Sin apartar la mirada de aquellos ojos, paralizada por el terror, pudo advertir que las otras cinco figuras también iban cobrando vida.

¿Qué iban a hacer? ¿Qué estaba sucediendo? Quiso volver a la idea de que todo era una escenificación montada para burlarse de ella, pero el miedo era sobradamente profundo como para impedir la consistencia de tal pensamiento.

El hedor era ya insoportable. Doce focos de enfermiza lujuria caían sobre su cuerpo definitivamente avasallado por el miedo. Apartó sus ojos de aquellas miradas y buscó la del hombre de la campana, ansiando encontrarse, al fin, ante el rostro de Eloy, pero sólo halló una capucha que, ayudada por las sombras, seguía ocultando cualquier rasgo conocido; suponiendo que aquella faz perteneciese en verdad al amigo.

Reaccionó con inesperada brusquedad, incorporándose de un salto, precipitando su desesperación sobre la puerta. Se interpuso el cuerpo del que momentos antes la había arrojado sobre el colchón. Esta vez, los brazos de aquel ser no fueron capaces de rechazarla con tanta contundencia, pero sí pudieron dete-

ner su avance, sujetándola con energía, pese a su violento forcejeo. El propio horror inspirado por el aspecto del que la sujetaba, le proporcionaba fuerzas para luchar, para debatirse con frenesí, pugnando por salir al pasillo e iniciar la carrera hasta los carcomidos peldaños.

Y, de pronto, en el transcurso de la lucha, el capuchón cayó sobre la espalda de su rival.

—¡Tú!

Unos brazos óseos, de los que emanaba un nauseabundo olor a podrido, rodearon su torso, pasando por debajo de las axilas, y unas manos semidescarnadas se le crisparon a los pechos, tirando de ella con furiosa lujuria. Volvió a caer sobre el colchón, y, antes de que llegase siquiera a intentar reincorporarse, los seis leprosos se arrojaron sobre su cuerpo.

Llorando, gimiendo, gritando, sus ojos buscaron los de Eloy, en tanto una docena de manos huesudas se restregaban contra su temblorosa carne, desgarrándole la ropa, desnudando el esplendor aterrado de su cuerpo. Los encontró allá arriba, por encima de aquellos rostros cadavéricos que arrastraban las ulcerosas lenguas sobre su piel tersa y empapada de un sudor tan frío como los propios ojos que habían buscado. Ni un destello de compasión en las brillantes pupilas.

Luchó con la desesperación propia de quien se halla a un paso de la muerte y con las fuerzas casi sobrehumanas de quien se ve atacado por la impiedad de monstruos surgidos de dimensiones de ultratumba. Pero con ello sólo logró que las uñas putrefactas penetraran, de forma aún más violenta, en su vientre, pechos, costados... Un insufrible dolor le estalló entre las ingles, y los muslos se le empaparon de sangre.

Allí, por encima de las bocas desprovistas de labios y de las pupilas que hervían entre cuencas sin párpados, y sobre pómulos en descomposición, seguían los ojos, hermosos pero implacables, del hombre al que poco antes creía haber empezado a amar.

Devorada desde el cabello hasta los pies por aquellos monstruos de almas tan descompuestas como la propia carne que se les caía a pedazos, su capacidad de defensa fue remitiendo hasta dejarla sumida en absoluto abandono. Poco a poco, el dolor fue alejándose y los rugientes espasmos de aquellos engendros de maldad, se diluyeron en el negro vacío que se apoderaba de su mente.

Volvió a buscar la mirada de Eloy, entre las sombras cada vez más espesas, y no la encontró. Sin embargo, aquellos ojos... Sí, unos ojos plateados, más hermosos aún, mucho más... Ojos de mujer. Ojos de gitana...

Y el espesor absoluto de la nada.

* * *

Eloy rodeó los hombros de la joven y agraciada señora.

—Vamos, Julia... Te creía más animosa.

—Todo es horrible; pero esta celda...

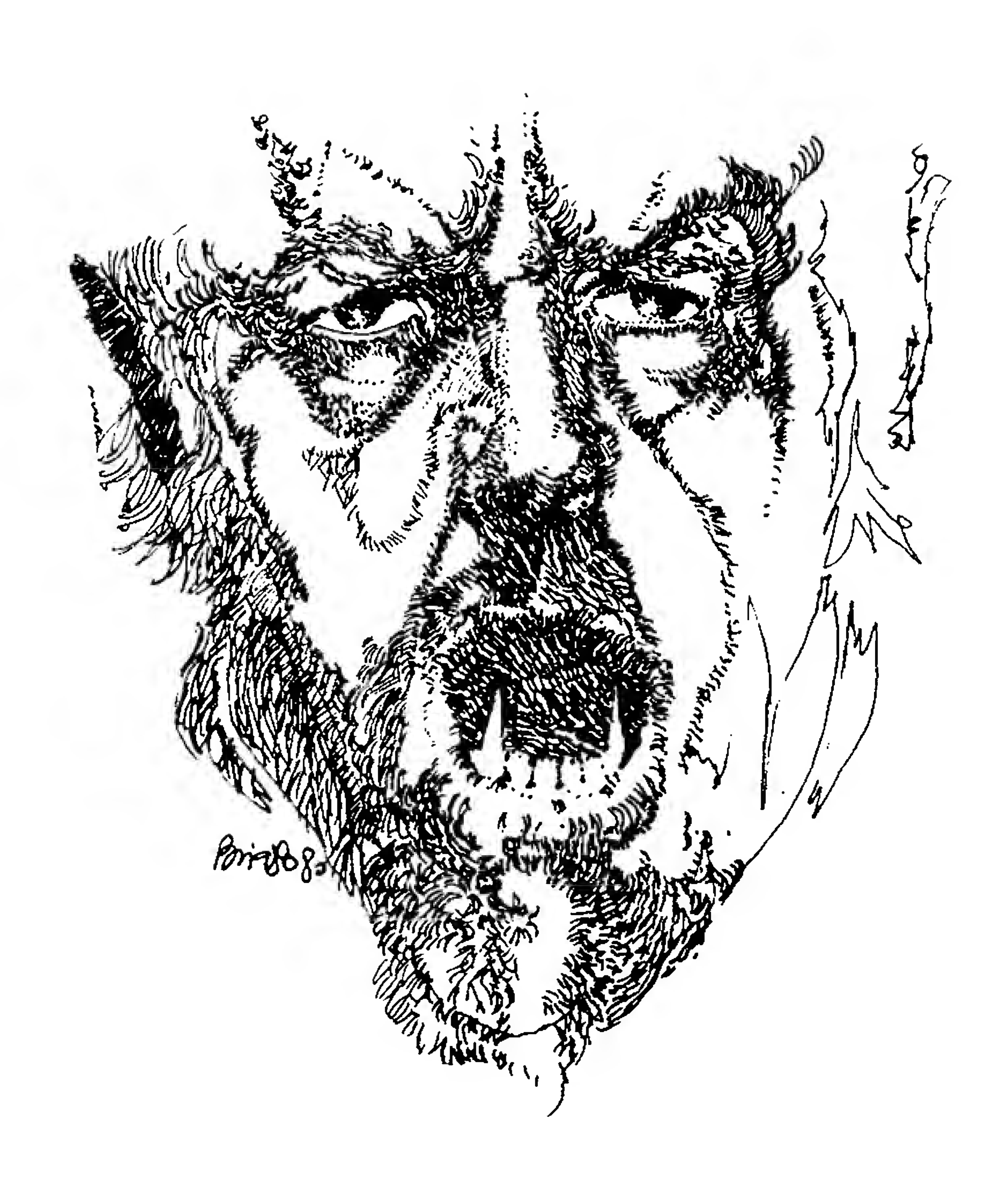
Era la de los leprosos. Seis. Con las miradas convergiendo sobre un colchón inexplicable blanco y limpio.

Alguien apareció en el sótano.

—Le llaman al teléfono.

—¡Voy contigo! —exclamó Julia.

Pero Eloy la convenció para que se quedase en el sótano, esperándole...



El desterrado

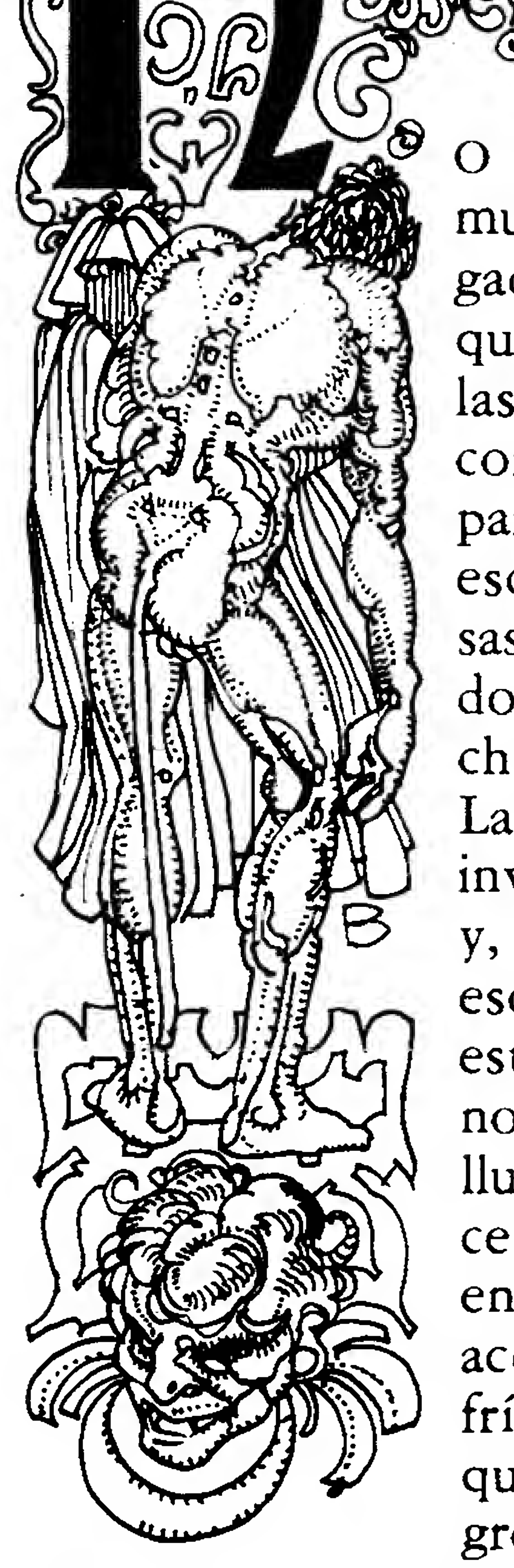




El desterrado

Martín Antonino

«... han llegado: no son esqueletos
ni imágenes, están vivos,
caminan, producen sonidos con sus
bocas, portan luz en sus manos,
huelen a lejanía y humareda».



No sé de dónde vengo. Durante mucho tiempo, mucho, he vagado por los bosques selváticos que se extienden por la falda de las últimas estribaciones de la cordillera. Bosques amenazantes para algunos, en cuyo interior se esconden zonas umbrías y fangosas donde los animales inadvertidos perecen ahogados en las charcas cuando yerran el camino. La niebla nos cubre en los crudos inviernos de esta zona desolada y, tras los celajes brumosos, se escuchan en la mañana los gritos estridentes de aves cuyo nombre no conozco. Las tormentas y las lluvias torrenciales del otoño hacen aparecer torrentes ocultos entre la maleza cuyo sonido nos acompaña hasta los primeros fríos. La espesura íntima del bosque se hace entonces más peligrosa.

Después de mucho tiempo, no sé cuánto, al fondo de un barranco húmedo, flanqueado por un riachuelo, he encontrado un castillo en ruinas oculto por altos cipreses a cualquier mirada dirigida desde las cimas de la cordillera o desde la llanura del Este.

Me he refugiado en él, y sus largos corredores fríos de techo abovedado, sus estancias de altas cubiertas y

sus hermosas torres circulares han sido mi morada por un tiempo que no puedo precisar.

Desde que llegué aquí, apenas salgo al exterior; permanezco estaciones enteras cobijado en la habitación circular de la torre que mira al Este. Observando desde su ventana estrecha y alta la llanura grisácea que se extiende poblada de arbustos y árboles aislados de copa oscura, hasta las lejanas colinas que cierran el paisaje por el horizonte de Levante. Desde esta ventana veo amanecer. A la hora del alba se alza sobre las sierras una luz lechosa, lenta y fría, que despierta a las aves del bosque. La luz se hace luego violeta y rosa. El cielo se cubre más tarde de esplendor y desde el montículo alargado que queda frente a mi ventana, surge el primer rayo de sol que me ilumina como una saeta de Dios Omnipotente... Nunca me canso de mirar el orto del día, la salida centelleante del sol, a pesar de que siento entonces la acongojante melancolía del destierro: la maravilla del amanecer me hace comprender mi terrible soledad, mi lacerante estado errante, la desdicha de una vida condenada al vagabundaje desconociendo el punto de partida y el lugar de destino.

He dicho que vagué insomne por los bosques de esta región, pero nunca he traspasado sus límites al Oeste, Norte o Sur, ni me he aventurado jamás por la planicie siniestra del Este. Siempre recuerdo haber estado en esta comarca y me da miedo arriesgarme a penetrar más allá de unas fronteras que no sé qué clase de cielos y paisajes me depararían. Las colinas del Este y los linderos del bosque son para mí el fin del mundo; más allá hay otro espacio que temo, una incógnita que presiento me desvelaría el descubrimiento de zonas amedrentadoras, ámbitos de aire desorientador, seres quizá peligrosos.

El hallazgo de la torre circular me ha deparado una revelación que, si es posible aplicar este término a mi existencia, me ha hecho dichoso, como si hubiera encontrado, en medio de tanta nostalgia, una especie de hueco cálido donde agazaparme. He sentido una dul-

zura conocida y remota, experimentada hace mucho tiempo, mucho, no sé cuánto, en otro lugar que no puedo precisar: un ámbito tibio y oscuro, donde el tiempo estaba marcado por un latido próximo y acompasado, continuo, que arrullaba mi naturaleza cobijada. Esto debió ocurrir al principio de todo.

Ha sido la *forma* circular lo que me ha proporcionado esa felicidad, el espacio redondo, que no conocía en mi reducido mundo de árboles, vegetación, rocas y corrientes de agua. Tan sólo el sol y las estrellas nocturnas tienen esa forma divina y perfecta, sin principio ni fin, estable y, sin embargo, siempre cambiante.

Durante las noches claras, desde la ventana de la torre, miro absorto el espejo oscuro del firmamento: las miríadas de astros, constelaciones y nebulosas yacentes en los vastos llanos altos de la noche, me producen también una infinita melancolía, como si la paz del espacio fuese mi región perdida desde siempre, y estos bosques, los barrancos escondidos entre la maleza, las charcas y los arroyos sucios, no consistiesen sino en un amargo apartamiento que dura ya un tiempo que me parece innombrable.

El castillo está vacío; apenas algunos restos de madera podrida aguardan a nada en algunas habitaciones, en los corredores. No hay nada en los salones, tampoco en la torre circular que conozco.

Aún no he visto todo el edificio; no siento la necesidad de traspasar ninguna puerta. Permanezco en una estancia *hasta que llego a comprenderla,* y esto, a veces, me lleva mucho tiempo. Ninguna habitación es igual a otra. Algunas parecen idénticas, pero apenas me sitúo en su interior, advierto en el aire que se trata de un ámbito distinto; cada espacio tiene su temblor, un escalofrío diferente. Con el tiempo comprendo de qué se trata; son cuestiones mínimas que lo transforman todo: un olor diferente, leves persistencias de un latido distinto en el aire, quizá la permanencia en un recodo de un recuerdo suspendido para siempre en el tiempo...

Poco a poco he ido penetrando en aposentos distintos; he llegado hasta los subterráneos, piezas construidas en el subsuelo del castillo, de piso enfangado lleno de ratas y gusanos ciegos, con los muros rezumantes cubiertos de verdín gelatinoso; lugares hórridos cuyo espacio está traspasado por un hálito abominable de miedo y horror. Allí he encontrado algo que me ha hecho sentir un indeclinable espanto: arrinconado en una de estas execrables piezas he visto un esqueleto semicubierto por el barro. Una oleada de hielo ha recorrido mi naturaleza para sumirme en el aborrecimiento: no había visto nunca un ser parecido, de extremidades muy largas terminadas en espantosos tentáculos y un enorme cráneo esférico; la parte frontal de la cabeza era aplanada. Un monstruo alargado y estrecho.

He huido de aquel lugar infame para refugiarme en mi torre circular. Ni siquiera la contemplación del cielo en una noche diáfana y tibia me ha tranquilizado después de una visión tan abyecta. Tampoco el espectáculo del alba, ahora que ha llegado el buen tiempo y el aire se llena de fragancias cálidas que penetran por todos los huecos de la fortaleza, han borrado de mi memoria la presencia de un ser diferente en los pozos de esta mansión.

Ha pasado mucho tiempo; no he sido capaz de marcharme del castillo, pese a que no me abandona nunca la conciencia de que allá abajo yace un acompañante prodigioso quizá desde los días más antiguos. No puedo abandonar mi reducto circular, el único consuelo que mitiga esta desdichada soledad que dura mucho, mucho tiempo, no sé cuánto. Todas las torres son circulares. Cuando llegaron de nuevo las lluvias un año que fue frío y nevó sobre la comarca, me aventuré a visitar la torre del Oeste, la más alejada del lugar donde se halla la fatídica mazmorra, con la intención de instalarme en ella.

La visité al atardecer: era idéntica a la del Este, pero muy distinta. Las mismas distancias, la misma ventana alargada. Sin embargo, a la hora del crepús-

culo, cuando un rayo de luz tintado de oro ensangrentado penetraba en la estancia, en seguida advertí el aliento de un recuerdo que vagaba por el espacio, un aleteo distinto del tiempo, quizás un perfume casi extinguido que permanecía allí desde que el bosque era tan sólo un grupo de abedules perdidos en la llanura.

Pero también vi con horror, apenas penetré en la habitación iluminada por la claridad declinante de poniente, a un ser terrible e inmóvil que me miraba con fijeza (jamás *nada* me miró). Flotaba en el aire, junto a la pared. Sólo tenía cabeza, un cráneo dilatado y esférico, cuya parte frontal era plana: su piel amarillenta carecía de pelo, y dos ojos grandes y profundos, muy próximos entre sí, bajo una frente desmesurada, completaban una imagen no sólo quimérica, sino también repulsiva. La cabeza me miraba entre sombras, surgiendo de una noche extraña, cubierta de polvo. Este universo, aislado del resto de la estancia, estaba delimitado por un marco de maderas casi podridas.

Ha sido una visión que, de pronto, me ha producido el mismo pavor que me asaltó antiguamente el día en que desperté en el bosque y comprendí que aquel lugar incierto, cruzado por corrientes de aire desconocidas y de espacios incomprensibles iba a ser mi morada.

Jamás he vuelto a pasar a la torre del Oeste; ahora me cobijo en la del Sur. Tiene mucho sol, pero no veo amanecer. He comprendido que la cabeza que vi hace mucho tiempo es tan sólo una imagen; también que pertenece a la misma especie que el esqueleto del subterráneo. Pero no me iré de aquí, pese a que en las ateridas noches de invierno, cuando aúllan en el bosque los mamíferos salvajes y las aguas de las charcas se endurecen, siento el miedo agazapado en los corredores, en las terrazas de las murallas, en los recodos de las escaleras. No puedo renunciar al espacio circular...

Ahora sé que no volveré más al castillo. Un ano-

checer de la última estación de las lluvias, han llegado *ellos:* no eran esqueletos ni imágenes; estaban vivos, caminaban, producían sonidos con sus bocas, portaban luz en sus manos, olían a lejanía y humareda. Llegaron tres a la hora en que la luz se hace morada tras la negrura del bosque. Los oí abajo, en la espaciosa explanada que sigue a la puerta principal del castillo. Los escuché transido por el espanto desde mi torre circular, comunicándose entre sí por medio de murmullos desconocidos, rápidos y variados sonidos cortos cuyo conjunto tenía una sórdida musicalidad. Me arrinconé en mi torre del Sur, sin querer verlos, notando cómo todo el espacio del castillo, sus ámbitos antes limpios, sólo ocupados por el aire y los recuerdos, se cargaban de una insoportable tensión opresora que ellos exhalaban. Al caminar, sus extremidades resonaban de forma macabra en las altas bóvedas de los corredores, y los sonidos emitidos por sus bocas, reflejados en todos los muros, llegaban hasta mí nítidos y horribles.

Estuvieron recorriendo los aposentos; los ví desde mi ventana subiendo a la torre del Oeste cuando ya era casi de noche, iluminándose con un rayo blanco y tenue que brotaba de sus manos.

Cuando la noche cerró sobre la región, comprendí que uno de ellos había comenzado a subir por la escalera circular de la torre donde yo aguardaba estremecido por el pánico. Oí sus pisadas duras y resonantes ascendiendo despacio, escalón a escalón; ahora emitía otra clase de sonidos, no eran cadenas de tonos breves y escalofriantes, sino un oscuro resoplido entrecortado, tal vez el jadeo producido por el cansancio de la ascensión.

Lo primero que vi fue el rayo de luz pálida iluminando el último recodo de la escalera. Precedía al ser execrable que, instantes después, surgió en el interior de mi estancia circular. Me quedé inmóvil, sintiendo cómo el terror atravesaba mi entidad: era uno de ellos, semejante a la imagen de la torre del Oeste. Caminaba erguido, alto como un corzo que avanzase

apoyado en sus patas traseras. Sólo tenía cabellos en el cráneo, largos y amarillos, unos grandes ojos bordeados de pelos aleteantes, una boca pequeña y carnosa, piel delicada de tonos rosados. Sus extremidades superiores terminaban en temibles tentáculos móviles parecidos a delgadas ramas de árbol; en una de ellas tenía la luz. Todo su cuerpo, excepto la cabeza, estaba cubierto por una extraordinaria piel blanca llena de arrugas. Olía tal vez a violetas.

Le miré horrorizado sin moverme. Entonces él me vio; me miró tan sólo el tiempo del batir de un ala (*me vio,* jamás lo hizo nada). Fue el fin, porque sucedió entonces el episodio más espantoso que mi prolongada existencia ha tenido ocasión de experimentar: al verme, sus ojos se agrandaron aún más con el brillo de la furia centelleando en sus pupilas; se hicieron circulares y extraños, y toda su fisonomía sufrió una transformación detestable, semejante al cambio que se advierte en la expresión del lobo momentos antes del ataque; abrió la boca de dientes pequeños, su piel pálida se ensombreció llena de arrugas, la luz cayó al suelo: emitió a la vez un alarido agudo y macabro, estridente y largo...

El horror innombrable sumió el espacio de la torre en un ahogo insostenible. Huí lacerado por el pavor, confundido; me precipité por la estrecha ventana para hundirme de nuevo en lo más recóndito de las tinieblas del bosque, en la insondable desolación de este nido de charcas y húmedos cubiles donde comenzaré de nuevo el vagabundaje errático por la intimidad más ciega de la maleza, por la llanura... Reteniendo en mi memoria el recuerdo inconsolable de las estancias circulares, que nunca me abandona.

Soy un fantasma. Un alma errante condenada por el Todopoderoso a vagar por la Tierra no sé cuánto tiempo, no comprendo cuántos millones de lunas y de soles, esperando el día de la Redención final, arrojado a un mundo incomprensible de seres que no conozco; un espíritu puro que deambula aterrorizado por una dimensión atroz que no entiende...

Post Scriptum (del cuaderno de notas de Mr. James Whitmore).

«Deborah tardó mucho en recuperarse del impacto sufrido después de la desgraciada visión que tuvo en una de las torres del castillo. Su grito de terror nos precipitó a la estancia circular donde cayó desmayada. Ella asegura haber visto lo que, normalmente, llamamos «un fantasma». Cuando Robert y yo llegamos allí, no encontramos nada extraño. Por lo demás, el castillo es irrecuperable. En cualquier caso, su emplazamiento en una zona insalubre alejada por completo de cualquier ruta transitable y de todo centro próximo de civilización, hace que carezca de interés para el Ministerio. Nuestro viaje, sin embargo, ha tenido una repercusión inesperada en el mundo de las Bellas Artes. El cuadro que descubrimos en la torre Oeste (el retrato de una dama del siglo XVI) parece ya seguro que se debe al pincel del gran maestro francés Jean Clouet. Los expertos aseguran que podrá ser restaurado».





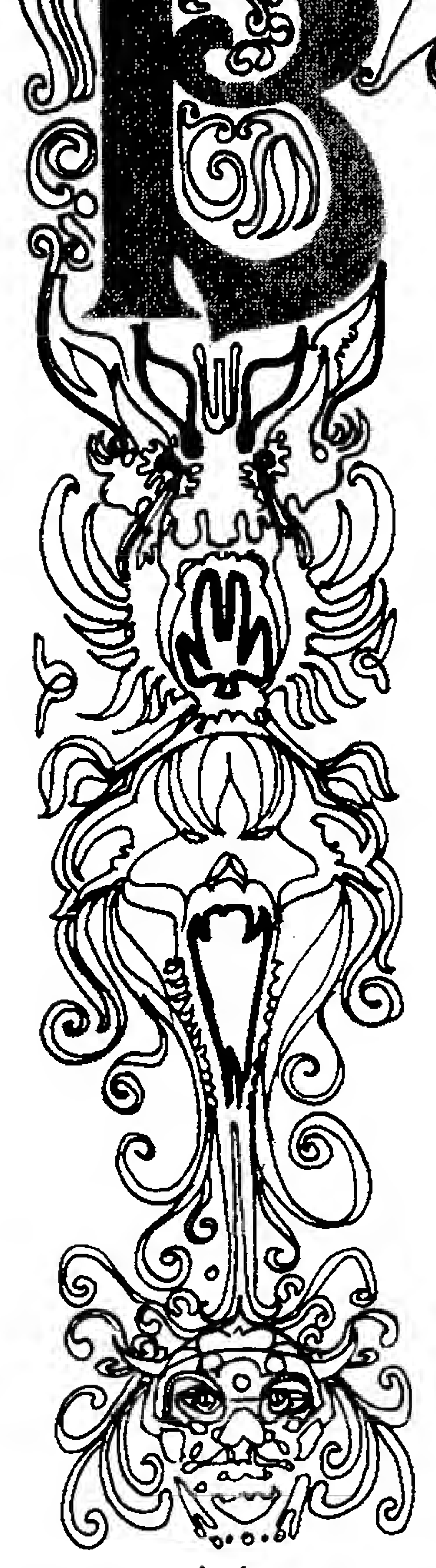

Sueños
de amor
y de
sangre

Sueños de amor y de sangre

(2ª parte de «La Condesa Báthory»)

Alberto S. Insúa

¿Cuáles pueden ser los sueños de una mujer que duerme cada día empapada en la sangre de una muchacha inocente?



AJO el blanco sudario de la sábana que la cubre, empapada de sangre y en la oscuridad de su cuarto, bajo las gruesas cortinas de su lecho, Erzebet, despierta o tal vez dormida, piensa o sueña en unos grandes ojos amarillos que la observan; con las pupilas dilatadas unas veces o alargadas hasta casi desaparecer en el momento siguiente. Son, como los ojos de un gato. Pero nunca hubo gatos en el castillo.

Una brusca ascensión en la oscuridad, y los dos ojos la observan ahora desde los pies de la cama. Erzebet no puede apartar su mirada, pero sus manos retiran las ropas que la cubren. Sólo la oscuridad impide ver y distinguir el blanco cuerpo desnudo, la blanca piel que se estremece, mientras patas suaves, garras suaves, pieles suaves, lengua suave la recorren, fijándose en los muslos, en el vientre, en los senos.

En las escasas ocasiones en que las torpes y encallecidas manos del guerrero Nadasdy han acariciado su cuerpo, Erzebet no sintió jamás ningún placer. Tampoco cuando la penetrara después. Sólo cuando alguna de sus doncellas masajea su cuerpo desnudo con el ungüento de la bruja, sólo cuando manos jó-

venes la recorren, conoce la Condesa algo parecido al gozo, algo similar al deseo. Pero nada comparado a lo que siente cuando golpea como la tarde pasada, cuando lee en los ojos de otra mujer el dolor y el pánico. Entonces, como ahora, su cuerpo se estremece, tiembla, y al final, el exceso de sensaciones la precipita en un tremendo ataque convulsivo, o la hunde en la laxitud que precede al sueño.

Los ojos la observan ahora a caballo sobre su pecho. Luego desaparecen y Erzebet siente en las puntas rosadas de sus senos la caricia de una piel suave, el dolor placentero de unas uñas afiladas que se clavan, y la humedad sonrosada de una lengua que pronto los abandona para seguir acariciando el vientre, después los muslos, y finalmente se pierde en su sexo abierto. Es entonces, cuando Erzebet gime, se agita, se ablanda, se derrama en una oleada de intensidad que estalla en su interior. Luego llega la laxitud. Los ojos de Erzebet, antes de cerrarse, todavía alcanzan a ver otros amarillos que la observan. Luego, el sueño vuelve o desaparece.

* * *

El agua corre sobre el cuerpo de Erzebet. Ha eliminado hasta los más mínimos vestigios de sangre, y la piel de la Condesa refulge luminosa, de una blancura inmaculada.

Rechazando la sábana que Dárvula sostiene entre sus manos sale de la pequeña bañera de cobre que ha mandado introducir en su cuarto, toda vez que la de mármol cumple ahora funciones bien distintas, y ansiosa se enfrenta con el espejo. Sorprendida observa que su imagen, si bien ha aumentado en blancura, ha perdido nitidez, y un halo suave y luminoso circunda su imagen, difuminando los bordes. Es como un ligero empañamiento producido tal vez por el exceso de luz y la frialdad del blanco de su piel. Desconfiando del espejo, Erzebet dirige sus ojos a aquellas partes de su cuerpo a las que la vista alcanza, com-

probando el blanco refulgente y la tersura increíble de su piel. Al concluir a satisfacción su examen, sus ojos se desvían para enfrentarse con la fría mirada de Dárvula.

La vieja pregunta:

—¿Estás contenta? Todo ha sucedido tal como querías.

—Desde luego —replica la Condesa—. Cúbreme con la sábana. Tengo frío.

La tela cae sobre los hombros de Erzebet. Dárvula hace un gesto de retirada.

* * *

Sentada de nuevo en su trono, flanqueada por Dorko y el eunuco, dejando pasar el tiempo en la contemplación ausente del quehacer de sus costureras, la condesa Báthory recibe la noticia de la muerte de su esposo.

Ferenz Nadasdy ha muerto como ha vivido; guerreando contra los turcos.

Ni una sola lágrima surca las mejillas de Erzebet. Despide a los emisarios e imparte las órdenes oportunas. Luego, se deja caer sobre el respaldo de su sitial, y cierra los ojos ante el dolor que vuelve. Las costureras la miran sin atreverse a respirar, sin aventurar un solo comentario ante la infausta noticia.

Sólo Dorko se atreve a acercarse solícita. Alcanza entonces a oír el susurro de su señora:

—¡Mi cabeza...!

La bruja se vuelve en demanda de ayuda y se encuentra con la mirada de Dárvula y escucha las órdenes que imparte:

—Hay que llevarla a su cuarto. Ocúpate de conseguir una paloma blanca.

Unas enérgicas palmadas de Dorko ponen en movimiento a las doncellas. Entre todas llevan a la Condesa hasta su lecho.

Erzebet yace con los ojos abiertos. Tan abiertos como los del gato que la observa aculado en un rin-

cón de la estancia. A su lado, Dárvula sostiene con mano firme una paloma. Con suavidad degüella al pequeño animal y coloca su cuerpo, todavía palpitante, sobre la frente de la Condesa. El blanco de la piel y del plumaje se tiñen de rojo. Dárvula exclama:

—Esto ahuyentará tu dolor.

Hace luego una seña a Dorko para que las deje solas. El silencio dura hasta que el cuerpo de la paloma queda inmóvil. Dárvula retira el pequeño cadáver de la frente de Erzebet.

—Ahora debes dormir. El dolor ya se ha ido.

Erzebet suspira.

Dárvula lanza el cuerpo del pequeño animal al gato que acecha en la sombra. Hay un revuelo de pelaje negro, garras y plumas blancas teñidas de sangre.

La Condesa se ha dormido. Dárvula desaparece.

* * *

Ferenz Nadasdy cabalga ensangrentado en el sueño agitado de su viuda. Las fieras facciones del Conde apenas son reconocibles bajo la espesa capa de barro que forman el polvo de la batalla y su propia sangre. Cabalga, entre cadáveres que se apilan a su paso, vasallos y enemigos mezclados, con las ropas de guerra desgarradas y rotas, cortando todavía el aire con su espada. Cabalga de frente, ahora, sin moverse del sitio, y cada herida, de las múltiples que cubren su cuerpo y su rostro, es un caño de sangre por el que la vida escapa.

Se ha detenido. Una figura femenina, en la que la durmiente se reconoce, le tiende los brazos. El guerrero, enhiesta la espada, azuza su caballo. La punta del acero avanza amenazadora hacia la Condesa. Pero no llega a ensartarla. Una forma negra salta sobre el conde Nadasdy. Uñas afiladas le seccionan el cuello, y lo que antes era un chorro, es ahora un torrente de sangre que fluye anegando la tierra.

La espada, definitivamente vencida, cae al suelo, y tras ella el caballero. De pronto, no es ya una forma

negra la que ataca al hombre caído, sino decenas de formas pequeñas y oscuras de agilidad felina que sajan la carne, beben la sagre y destrozan el cuerpo en un maremagnum de mordiscos, zarpazos, de bocas que se abren y cierran, de ojos amarillos.

Pero, al momento, los gatos desaparecen, y con ellos lo que ya solo era un amasijo de girones rojos de carne y telas ensangrentadas. Erzebet ve ahora, frente a sí, a una joven bella y oscura de ojos amarillos y felinos. La joven la toma de la mano.

Tumbada en su lecho, sin ropa alguna que cubra su desnudez, la condesa Báthory no sabe si el sueño continúa o no, si la pesadilla ha terminado y una realidad absurda empieza, o si, por el contrario, continúa durmiendo, y se trata de otro sueño, de otra pesadilla, la nueva visión a la que se enfrenta. Sólo sabe que la joven de piel negra y ojos amarillos está allí, también desnuda, al pie del lecho.

Erzebet siente como sus labios, sus propios labios, se mueven formando una sola palabra inaudible: Isten, mientras en sus oídos retumban una y otra vez las palabras de Dárvula: —Tu esposo, el conde Nadasdy ha muerto. Ahora nada puede oponerse a nuestros designios.

La Condesa extiende los brazos mientras la joven oscura avanza. El blanco y el negro de ambos cuerpos se funden en un abrazo. Erzebet siente un calor terrible y, simultáneamente, un frío helado que le abrasa las entrañas. Luego, todo es fuego de deseo que la joven oscura excita, aplaca, vuelve a excitar, y hace que estalle una, otra, mil veces. Bajo la forma de mujer la suavidad gatuna antes soñada reaparece para hacer revivir en el cuerpo de Erzebet las sensaciones de la noche pasada.

Cuando la Condesa cae finalmente en el más profundo de los sopores hay dos ojos amarillos, felinos, que descienden, retroceden, y quedan un momento fijos. Al momento siguiente, no son dos, sino un centenar de pares de ojos dorados, rayados verticalmente de negro, los que se agrandan, disminuyen, se

eclipsan y reaparecen, una vez tras otra, desde las cuatro esquinas de la estancia.

* * *

En un hombre o mujer adultos, jóvenes, fuertes y sanos, la cantidad de sangre que corre por sus venas y arterias es, aproximadamente, una treceava parte de su peso. Hemos dicho que corre por sus venas y arterias. ¿Conocen acaso esa curiosa particularidad del fluido vital Dorko y la Condesa? Probablemente no. Aunque años atrás un médico y teólogo venido de España y errante por toda Europa ha explicado que la sangre pasa del corazón a los pulmones en los que se enrojece y se renueva, y que para hacerlo marcha a través de unos tubos que él llamó venas y arterias, sus ideas han encontrado poco eco. Máxime, cuando el propio Servet —que así se llamaba— enemigo a la vez del Papa y de Calvino, ha ardido en la hoguera de leña húmeda a manos de su correligionario protestante, unos años más tarde del nacimiento de Erzebet. Es probable pues, que ni la Condesa ni su hechicera de cámara tengan la menor noticia del asunto, y que el nombre de Servet esté para ellas vacío de significado. Y si no lo saben, su ignorancia no las importa mucho, no las genera ninguna inquietud. Las ideas tardan en difundirse y viajan con lentitud. En la medida que lucubraciones científico-filosóficas su importancia práctica es muy relativa. A la bruja y a su dueña las basta con conocer aquello que todo el mundo sabe: que cuando se degüella a un animal éste se vacía de sangre.

Este método, tan efectivo como ancestral, es el que emplean ahora. Como sujeto de la experimentación Erzebet ha seleccionado a otra de sus doncellas, una campesina robusta y rubicunda. La muchacha, ajena a la suerte que le espera, se ha dejado conducir hasta una de las mazmorras del castillo. Al trío de mujeres se ha unido el eunuco. Una vez en la celda han desnudado a la muchacha. Tal acción imprescindible ha

encontrado resistencia, pero las amenazas de Erzebet, la visión del látigo presto a golpear, los consejos susurrados de Dorko, y la sumisión habitual en los vasallos, han vencido al pudor.

La muchacha está ahora desnuda, y tranquilizada por Dorko, deja que el eunuco ate fuertemente sus piernas y sus brazos con una soga de esparto. Sólo empieza a chillar cuando la bruja la hace caer al suelo de un golpe y ayudándose de una cadena unida a una polea, la iza por los pies hasta que su cabeza queda a una media vara del suelo. Tan sagaz preparativo es idea de la propia Dorko, que ha intuido, muy acertadamente, que el mecanismo de suspensión debe facilitar la efusión de la sangre.

Incapaz de preveer todavía lo que vendrá a continuación y sofocada por la sangre que afluye a su cabeza, la doncella cambia los gritos por los lamentos. ¡Vano intento el de tratar de conmover el corazón de la Condesa! Muy al contrario, la espectadora de excepción de esta escena ha tomado asiento en un escabel y cada gemido de su víctima provoca en ella un estremecimiento de placer.

Dorko sitúa bajo la cabeza colgante el cacharro de barro. Luego, de un tajo rápido dado con la habilidad de un matarife, degüella a la muchacha, empleando el mismo cuchillo engastado en un mango de asta de cabrón negro que emplea en sus artes mágicas.

Hay un coro individual de gritos y gemidos, que la muchacha acompaña con movimientos convulsivos y estertores, mientras la sangre borbotea llenando poco a poco el cacharro de barro. A poco tiempo, los gritos y gemidos cesan, y un temblor generalizado del cuerpo de la doncella presagia su rápida agonía. Otro temblor diferente, y un suspiro, dan cuenta del final del gozo de la Condesa. Luego ambas, víctima y verdugo, quedan inmóviles.

La sangre ha cesado de manar y Erzebet aparta la vista. El casi centenar de gatos, testigos mudos de la escena, se ponen en movimiento formando una pequeña procesión negra.

La condesa Báthory al contemplarlos, rememorando tal vez su sueño anterior, se estremece y exclama con gesto de fastidio:

—Hay demasiados gatos en el castillo. Mejor sería acabar con ellos.

Dorko no contesta. Pero, el eunuco, que en ese momento tiene a uno de los animales entre sus brazos mientras lo acaricia, tomándole por la piel del cuello lo invierte hasta dejarlo patas arriba. Con maneras de sexador levanta la cola del gato, y dirigiéndose a su señora afirma:

—Son gatas. Son todas gatas.

Como para corroborar su aserto hunde su uña negra y afilada en la natura femenina del felino. Un maullido y un zarpazo hacen que suelte bruscamente su presa. El animal escapa, y el capón enano, ignorando la herida que acaba de recibir, lanza una carcajada atiplada.

La Condesa no le presta atención. Insiste:

—Acaba con ellos, Dorko. Alimentar a todos va a ser un problema y un gasto inútil.

Es entonces cuando la voz de Dárvula resuena a su espalda.

—Los gatos seguirán aquí. Todos ellos. Es Isten quien les envía. El problema del que hablas no existe. Los gatos comen de todo. Carne, sobre todo. Y no ha de faltar la carne en el castillo.

Erzebet se ha vuelto y sus ojos se enfrentan con los de la vieja. Luego ambas miradas se desplazan y confluyen sobre el cadáver que pende del techo. Bajo su cabeza los gatos han formado un círculo y mientras unos juguetean con los cabellos que rozan el suelo, otros olfatean el cuenco de sangre.

La Condesa se levanta y se encara con la vieja. Está molesta por su intervención y se niega a perder la iniciativa.

—Desde luego. Lo que acabas de decir me ha dado una idea. Vamos, se hace tarde. Debo tomar el baño.

No hay respuesta. La corte fantasmal se pone en movimiento. El eunuco rescata a tiempo el cuenco de

barro de la voracidad mal contenida de los felinos que han comenzado a lamer la sangre.

La puerta se abre y se cierra. La luminosidad de las antorchas se aleja. En la celda oscura sólo queda el cadáver colgado. Rígido y cada vez más frío.

* * *

Isten ha vuelto, pero no sola. La señora de los gatos acude hoy a su cita diaria acompañada de su corte felina.

Desde las profundidades del sueño, Erzebet experimenta sobre su cuerpo un ritual diferente. Cientos de diminutas lenguas sonrosadas y suaves ablandan con su saliva la costra de sangre que la envuelve. Ni un sólo ápice de su cuerpo se libra de la húmeda caricia, ni tan siquiera su cara, sus labios, sus ojos o su pelo. Lenta, pero inexorablemente, la túnica roja que cubre su carne desaparece, y su piel blanca queda al descubierto. Por poco tiempo. El primero de los zarpazos deja cuatro surcos sanguinolentos en su pecho, luego son cuatro por cuatro, cuarenta veces cuatro, cuatrocientas veces cuatro, hasta que todo su cuerpo es un puro surco, hasta que la sangre, suya ahora, la cubre de nuevo desde la cabeza a los pies. El placer enervante del centenar de lenguas que acarician, deja paso al dolor del millar de uñas que desgarran, dolor que se convierte o se iguala a un nuevo placer mil veces más enervante. Un placer que no acaba, que sigue creciendo al infinito, que no conoce tregua. Un placer sin el final que conduce a la laxitud.

Isten, que observa la escena desde los pies de la cama, sin intervenir, estalla en terribles carcajadas.

Es entonces, cuando Erzebet siente horrorizada como uno de los gatos, instalado entre sus piernas, progresa a través de su cuerpo, como la lengua felina se hunde profundamente en su sexo, y tras la lengua el resto de la boca, y tras la boca el resto de la cabeza, y tras ella las patas delanteras, la mitad del cuerpo, la otra mitad del cuerpo, y luego, las patas traseras que

entran arañando las paredes internas de su ser femenino, mientras el rabo queda fuera, colgando como una verga negra, peluda, monstruosamente larga y delgada, ridículamente fláccida, para al final replegarse también, introduciéndose dentro de su cuerpo en una absurda e inconcebible cópula inversa.

La condesa Báthory contempla ahora horrorizada su vientre distendido como en un embarazo insólito, mientras el feto gatuno salta y se mueve en el interior de su vientre.

En seguida sus ojos se desorbitan de horror. Un dolor terrible desgarra sus entrañas y siente como golpes de zarpa y feroces dentelladas destrozan el interior de su cuerpo, mientras el animal se abre paso sajando su carne y rompiendo sus vísceras.

De pronto, Erzebet siente que todo se desgarra y ve como su vientre se abre, rasgándose verticalmente. Como en un parto monstruoso, la cabeza del gato asoma triunfante. La boca, tinta en sangre, se abre, y una sinfonía de colmillos estalla en un maullido horrísono. Junto a él, el terrible grito de agonía del despertar de la Condesa traspasa en todas direcciones los espesos muros del castillo.

* * *

La puerta de la estancia se ha abierto de golpe, pasos apresurados corren hacia la ventana y manos ansiosas descorren bruscamente los cortinajes. Súbitamente la habitación se llena de luz. La joven doncella, responsable de la irrupción inesperada y del no menos inesperado maremagnum luminoso, queda cegada por la repentina claridad. Es incapaz, por tanto, de observar un espectáculo que sin duda la hubiera sobrecogido; el de la bañera en la que la sangre coagulada forma una costra reseca. Como tampoco ve la imagen espectral de la condesa que, tapada por la sábana que se adhiere a su cuerpo por efecto de la sangre, baja del lecho y se lanza como una arpía contra ella. No la ve pero puede oírla, y el aullido de Erze-

bet hiela la sangre en sus venas. Un aullido al que suceden imprecaciones y blasfemias. Y es que, a pesar de la tela que la cubre, a pesar de la costra sanguinolenta que la protege, la luz del sol ha hecho sentir a la Condesa el dolor terrible de dos agujas de acero al rojo entrando por sus ojos, y el de un baño de aceite hirviente cayendo bruscamente sobre la piel de todo su cuerpo. Enloquecida de dolor, Erzebet clava sus uñas en el rostro de la doncella. Sus aullidos no cesan. Cegada por el sol, sus zarpazos desgarran la carne que encuentran a su paso, sin que pueda conocer los efectos de su furia, ni planificar su labor destructiva.

Dorko entra a la carrera y corre de nuevo los cortinajes. La Condesa siente que el dolor cesa de forma brusca, totalmente. Pero no su ira.

¡Pobre doncella! Nadie la ha informado —ni seguramente pensaría jamás en hacerlo, pues los criados deben enterarse de las cosas que les conciernen cuando éstas adquieren la fuerza del uso continuo— de los nuevos hábitos nocturnos de la Condesa, ni de su heliofobia reciente. Simplemente, ha oído el grito de su señora y ha acudido presurosa en su ayuda. Ahora, su presteza y oficiosidad la han perdido, y su muerte inexorable, a manos de su señora y de sus cómplices, previsible en un plazo más o menos lejano, se ha acercado en el tiempo. Es más, la furia de la Condesa hace prever que no será ya una muerte tranquila con la cuchilla de matarife seccionando sencillamente su cuello y el cacharro de barro presto a recoger su sangre, sino algo mucho más terrible.

De momento, la condesa Báthory ordena a la bruja que la sujete. Luego, lentamente, acerca los dedos engarfiados a sus ojos, y las uñas penetran, hundiendo, desgarrando los globos oculares, cegándola para siempre. Antes de desmayarse, obnubilada de dolor, escucha todavía las palabras de Erzebet:

—¡Esto te enseñará que no soporto la luz del sol!

La doncella ha caído. La Condesa continúa:

—¡Llévatela! ¡Que la encierren en una mazmorra!

¡Y que nadie se atreva a atenderla ni a darle agua o comida! ¡Ya decidiré lo que quiero de ella!

Dorko asiente. A rastras saca a la doncella del cuarto.

* * *

Corrida por gruesas paredes de piedra, en una de las cuales se enmarca una pesada y estrecha puerta de madera, la mazmorra —una de varias— situada en los sótanos del castillo de Csejthe es doblemente impenetrable. Ninguna claridad llega hasta ella. Tampoco ningún sonido. Teniendo en cuenta la naturaleza de su actual inquilina, la primera de sus ausencias —la de la luz— carece de importancia, dado que sus ojos no volverán a ver jamás claridad alguna. Simplemente, porque han dejado de existir, y en su lugar hay dos heridas cubiertas de una costra de sangre y humores resecos. Esto impide también que la cuitada llore su cautiverio. No son pues lágrimas lo que sus ojos destilan sino supuraciones enfermas, productos acuosos de la destrucción. Pero, el que no pueda llorar no significa que carezca de motivos. Lleva tantos días encerrada que ha perdido la cuenta. Tampoco hubiera sido fácil calcular el paso del tiempo en una noche permanente en la que cada minuto se hace eterno.

Ha despertado de su desmayo y ha sentido un dolor enloquecedor. Luego, a pesar de la oscuridad presentida ha descubierto que está ciega. Ha chillado hasta caer exhausta. Más tarde, tanteando las paredes ha tomado conciencia de su encierro. Ha vuelto a chillar inútilmente, pues la impenetrabilidad sonora de su celda es recíproca y ningún sonido sale de ella. En silencio, después, ha sentido el miedo de la soledad y, seguidamente, el de estar acompañada por pequeños seres hostiles, por ratas a las que no puede ver, pero cuya presencia siente y presiente. A la desesperación ha seguido el agotamiento, a éste el hambre y sobre todo la sed. Pero ha pasado mucho tiempo

hasta que se ha decidido a lamer la piedra de las paredes y sus junturas en busca de frescor y de humedad. Hay que decir que ha tenido un relativo aunque insuficiente éxito. Pero si la humedad que rezuman las paredes de su cárcel ha aplacado en parte su sed, el hambre que atenaza su estómago y debilita su cuerpo no ha encontrado satisfacción. Sólo su propia debilidad la ha permitido combatirla, hundiéndola en el desfallecimiento y en el sopor.

Tal vez por eso no advierte que la pesada puerta, cerrada tantos días, se abre. Su falta de visión impide que sea deslumbrada por el resplandor de una antorcha. Sí siente en su piel aterida el calor lejano de la llama. No obstante, el embotamiento de su cerebro la impide reaccionar ante una presencia inesperada y previsiblemente hostil.

La voz cascada de Dorko resuena entre las paredes de la celda.

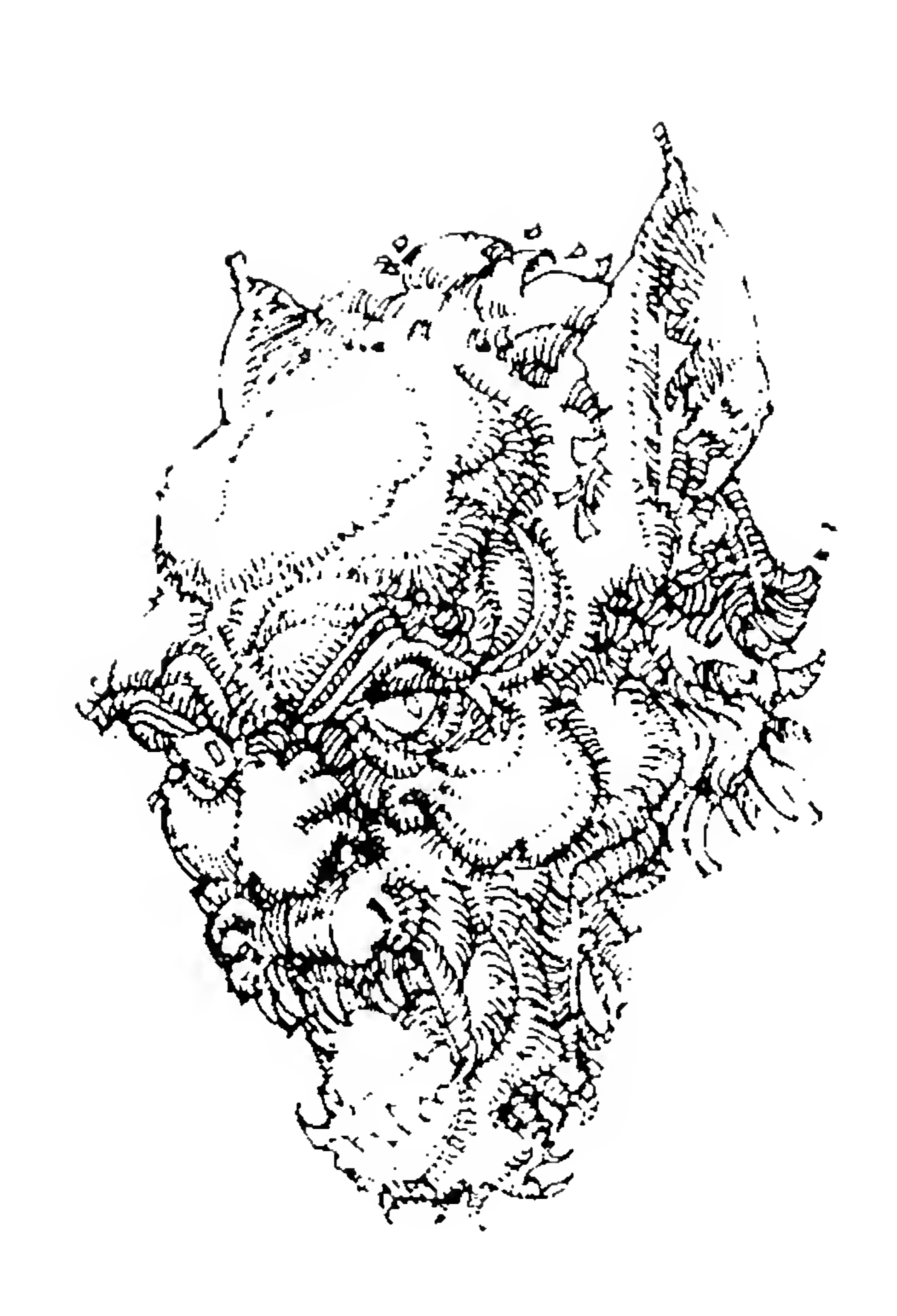
—La Condesa te manda comida y bebida. Que te sean de provecho.

La puerta se abre y se cierra. La prisionera queda de nuevo sola en la celda, ahora iluminada por la antorcha fija en el muro. Abandonando su estatismo tantea febrilmente el suelo de la mazmorra buscando los manjares prometidos. Gateando, tropieza por fin con un cuenco de barro. El azar ha querido que sea el de agua. Hociqueando, sorbiendo, derramando buena parte de ella, bebe a grandes tragos hasta agotarla, mientras el resto cae al suelo y empapa la mezcla de tierra, paja y basura que lo forman, perdiéndose para siempre, capaz ya sólo de generar humedad helada. Su estómago vacío experimenta un latigazo de dolor. Pero la doncella —saciada ya la demanda primaria e imperiosa de su sed— no piensa en otra cosa que en seguir tanteando el suelo en busca de comida. Un segundo cuenco va a suministrarla una sustancia viscosa y dulzona, ligeramente hedionda, pero que ella deglute ansiosa, ajena a su sabor. Tampoco repara en el gusto levemente salobre y la suave

textura del pedazo de carne cruda y fría que devora a continuación.

Es posible que, de no estar privada del sentido de la vista, hubiera rechazado horrorizada los manjares que ahora consume: el pedazo de carne inequívocamente humana que perteneciera en vida a una de sus compañeras y los cuajarones de sangre coagulada flotando en su propio suero. O tal vez no, si tenemos en cuenta que su terrible hambre acumulada pudiera haberla hecho abandonar cualquier reparo. Pero en sus circunstancias tal disquisición resulta ociosa. Ciega como está la decisión de comer no deviene angustiosa. La carne ajena será pronto carne de su carne y la sangre su propia sangre que será pronto derramada. Porque tal es el sentido del final de su martirio. Prepararla para un martirio futuro. Engrosar para morir. Que, conjurada la anemia producida por el ayuno, nueva sangre roja, sana y potente, corra de nuevo por sus venas y efluya, finalmente, hasta el cuenco de barro destinado a recogerla.

Una presencia múltiple acompaña su comida. La de sus pequeñas compañeras de prisión —las ratas— que han empezado a compartirla, y la de la Condesa, que atisba desde fuera, con los ojos enmarcados por la angosta ventanuca que se abre en la pesada puerta de madera. Ha ordenado a Dorko que deje la antorcha encendida en el interior de la mazmorra. Quiere ver el espectáculo monstruoso de degradación humana que ella misma ha conseguido crear. Con la autocomplacencia del artista sigue atentamente la puesta en escena y la apasionante interpretación de los efectos de su maldad.



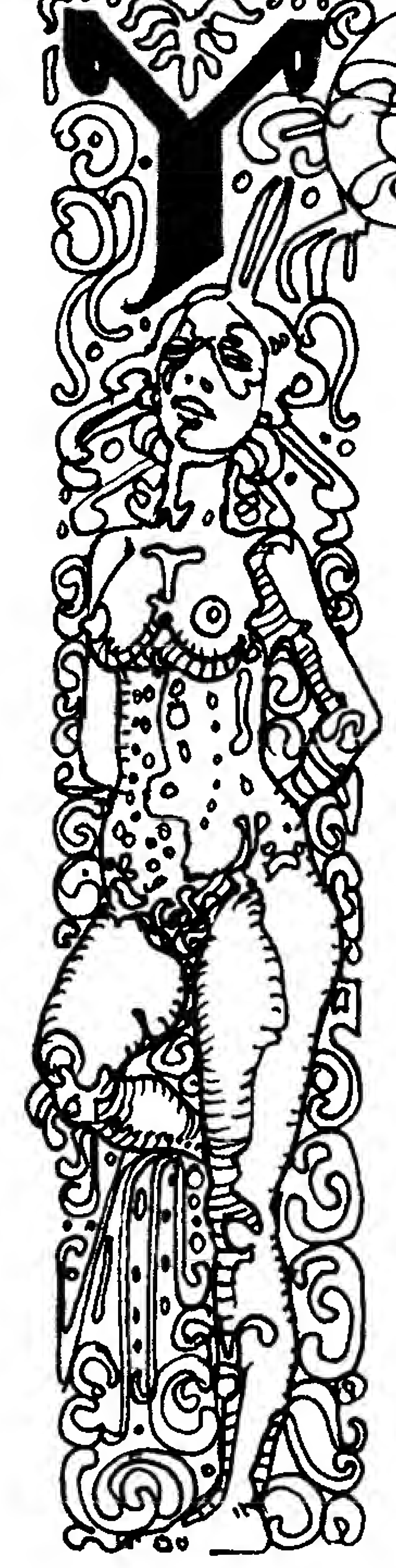
Campo raso



Campo raso

Fernando Martín Iniesta

«Los cadáveres afloran en grupos.
Ninguno de ellos conserva
la quietud del reposo eterno.
Hacinados, amontonados, parecen
haber librado entre ellos una
gigantesca y macabra batalla».



8 de enero 1682

O, Ruy-Lope, hijo de Lope-Ruy, cristiano viejo, de probada pureza de sangre, cirujano mayor de la corte, docto en el Arte y Ciencia de Hipócrates, por encargo de mi dueño y señor el Rey, llego a esta villa de Campo Raso con secreta misión, de la que sólo daré cuenta a Mi señor y a los tiempos venideros...»

8 de enero 1975

Las excavadoras, alineadas frente al páramo, abren sus enormes bocas de dinosaurio de metal y avanzan, inquietando el sueño de los lagartos, amenazando la inmóvil quietud de los reptiles, aplastando con sus enormes cadenas de hierro la gozosa paz de las flores silvestres. Avanzan y, de tres en tres, de cinco en cinco, clavan sus dientes de acero en la reseca tierra, hunden sus voraces colmillos entre las milenarias piedras y buscan las entrañas —no el secreto que desconocen— del paraje denominado Campo Raso.

Por el Norte, por el Sur, por el Este y por el Oeste, carteles anunciadores, flechas indicadoras, señalan: «URBANIZACION CAMPO RASO. PAZ Y SILENCIO PARA VIVIR».

8 de enero 1982

Marta Sousa, casada con Juan de Dios Pérez y López, empleado de banca, madre de un niño de cinco años, en la amplia terraza del piso 3.º, letra B, aguarda la llegada del camión de la mudanza mientras, feliz y soñadora, contempla las vacías habitaciones de lo que será su morada en lo sucesivo, el dorado anhelo de todos los que, como su marido, consiguen huir del *stress* y la polución de las grandes ciudades. Han escamoteado salidas a cenas y espectáculos con matrimonios amigos, los viernes por la noche; han reparado, una vez más, el viejo coche, para no caer en la tentación de adquirir el último modelo; han gozado las vacaciones en casa de sus padres, en vez de ir en busca de la dorada piel, envidia de quienes no veranean, en las playas caliente del Mediterráneo; han ahorrado, peseta a peseta, para ser propietarios de aquel apartamento, cercano y unido por autopista a la gran ciudad, donde, con orgullo ecológico, se han prometido «PAZ Y SILENCIO PARA VIVIR».

10 de enero 1682

«En mis alforjas traigo Credenciales y Mandas del Rey Mi Señor para que me sean facilitadas cama y mantel, enseres y alojamiento y cuantas cosas he de menester para cumplir mi misión. Asimismo, el Capitán de la Tropa que me acompaña, pondrá bajo mis órdenes a cuantos mensajeros precise para tener debidamente informado a Mi Señor. Otrosí dicen las Mandas: Si preciso fuere, el Capitán mandará a su tropa cumplir cuanto ordene, sin formular pregunta alguna».

10 de enero 1975

El capataz de las obras, sobre un altozano, contempla el ir y venir, hundir, izar y arrojar, una vez y otra,

la tierra que rompen las excavadoras. A vista casi de pájaro otea, intentando medir, el trabajo realizado en sólo dos jornadas: una vez más sus cálculos fueron precisos, ahondar para los cimientos del primer bloque, no llevará más de una semana. Se trabaja duro. El sol que cae a plomo no es todavía tórrido. Buen tiempo da este enero, lo que acelerará el plan de trabajo. Y él sabe que si se cumplen a la perfección los plazos tendrá prima extra.

Satisfecho se quita el casco de metal y se seca unas leves, minúsculas, insignificantes gotas de sudor, mientras el reloj señala que apenas falta una hora para el descanso de la comida.

10 de enero 1982

Marta mira con desconsuelo los muebles, abandonados al azar, en las habitaciones. «¿Cuánto tiempo tardaré en ver esto en orden?». No sabe por dónde empezar. Duda sobre el salón y la cocina. En las dos alcobas, las únicas que van a ser utilizadas de momento, sólo están montadas la cama de matrimonio y la cuna del niño. Las maletas, los bultos, conteniendo las ropas, descansan esparcidos por el pasillo. «Jorge no ha debido ir a trabajar y quedarse ayudándome». La ilusión de la nueva vivienda no es capaz de quitarle el desaliento: «Debimos hacer el traslado poco a poco. ¡Pero Jorge es tan cabezón para sus cosas!». No valen lamentaciones. Hay que ponerse a ordenar todo aquello.

El niño juega en una habitación vacía donde no puede hacerse daño con nada. Esto le da una sensación de tranquilidad. Debe estar muy entretenido, ya que no se le oye.

Cuando se dirige hacia la cocina oye un extraño, largo, apagado y terrible sollozo seguido de desconsoladores quejidos. Parece provenir, a través de las paredes, de la vivienda contigua a la suya. Sale a la terraza recordando que —así al menos se lo han di-

cho en la oficina de ventas— ellos son los primeros habitantes de la urbanización. Mira a través del cristal que separa las terrazas y, efectivamente, el apartamento contiguo está deshabitado: las ventanas y puertas abiertas para que se seque la pintura... y, ahora, ahora que está mucho más cerca de donde parecían provenir los quejidos, éstos desaparecen.

Contempla a lo lejos al jardinero, único empleado que ha quedado en la ciudad residencial. Piensa que todo ha sido una imaginación suya.

Y regresa a la cocina para intentar ordenar los enseres. Sin embargo, sin que pueda precisar porqué lo ha hecho, abre la puerta donde juega el niño.

Al verla, el pequeño, sonríe.

15 de enero 1682

«A mi Rey y Señor: Cumpliendo debidamente las órdenes recibidas, he publicado un pregón para que ante mi se presenten todos los vecinos. Todos menos los muertos. Hago esta salvedad porque muchos parecen estarlo, quedan fríos, secos, con la piel pajiza durante unos días y, después, algunos recuperan el fluir de la sangre y la capacidad de movimientos; otros, nunca regresan de ese estado, aunque es difícil pronosticarlo.

»Estoy examinándolos uno a uno. No encuentro síntomas conocidos hasta la fecha de estos males. Consulto cuantos libros traje conmigo y no hallo en ellos nota o referencia alguno a mal semejante».

15 de enero 1975

Los dientes de la inmensa boca de una excavadora han arrancado de las entrañas de la tierra un extraño cadáver. Lo izan como un pelele grotesco y lo dejan caer sobre el montón de tierra, en una mecánica y macabra operación. El obrero que conduce la máquina lanza un grito de aviso a sus compañeros que

abandonan el trabajo y acuden presurosos, llenos de curiosidad, a contemplar el desconcertante suceso. Los más osados tratan de quitarle la tierra que le cayó encima para contemplarlo mejor. Los demás, respetuosos con la muerte, apenas miran el hacer de sus compañeros. El cadáver muestra una desconcertante, indescifrable posición: extendidas las manos, abiertos los dedos, parecen haber escarbado desesperadamente; la boca abierta, desencajada, parece haber estado buscando un aire imposible; las extremidades inferiores en posición fetal, aunque abiertas las piernas muestran inequívocamente la tensión del último esfuerzo por levantar la masa de tierra con que fue cubierto...

El capataz, con autoritaria voz, interrumpe la curiosidad de los que miran: «¡Basta! ¡Ya está bien! Todos al trabajo...».

15 de enero 1985

Los días pasan y Marta no logra ver, de una vez, concluida la tarea de ordenar la casa. Un suceso, aparentemente sin importancia, la tiene preocupada: cuantas veces ha intentado clavar unos tacos para colocar los armarios de cocina, se le han desprendido misteriosamente. «¡Vaya una forma que tienen de construir ahora!, ni siquiera se puede clavar un taco en la pared», fue su único comentario. En otras ocasiones, al tratar de horadar otra parte del muro, el berbiquí se le ha roto, sin ser capaz de penetrar en la pared. Cuando ha comentado con Jorge sus dificultades él ha quedado silencioso y preocupado, ya que donde la taladradora no ha podido penetrar era en un simple tabique y no en cualquiera de los muros maestros. Al preguntar a la constructora con qué material había construido los tabiques, le han dicho que solamente con argamasa y ladrillos.

Pero Jorge llega tan cansado del trabajo que hace todo lo posible por evitarse preocupaciones.

20 de enero 1682

«Ante la certeza de que se trata de una epidemia desconocida, que nada tiene que ver con el cólera ni la peste, he dado orden al Capitán que cerque, con sus tropas, el pueblo. Así lo ha hecho. El pánico ha comenzado a hacer presa en Campo Raso. Las gentes caminan con la mirada huidiza y el gesto hosco. No comprenden nada de lo que ocurre y quieren que sea yo el que se lo explique. Nada puedo decirles. Mi misión está clara: debo impedir que esta epidemia se propague al resto del Reino. Y lo haré. Lo haré aunque para ello tenga que tomar medidas extremas, en las que no quiero ni siquiera pensar.

»No ha habido ni un solo caso de curación. La ciencia es impotente, y yo, su único representante en esta villa, reconozco su fracaso.

»Cumpliré las órdenes. Eso es todo lo que puedo hacer. La tropa comienza a inquietarse. Huye de tener contacto con las gentes del pueblo y, creo que de momento, situándola en las afueras se evitará el peligro de la deserción».

20 de enero 1975

Las excavadoras han cesado en su ruidoso latir. De la Cabeza del Partido Judicial ha llegado el Juez de Primera Instancia. Pide que se siga trabajando. Pero que sean los obreros, con pico y pala quienes prosigan la tarea. Algunos se niegan y tiene que ser la autoridad quien les obligue.

Los cadáveres afloran ahora en grupos. Ninguno de ellos conserva la quietud del reposo eterno. Hacinados, amontonados, parecen haber librado entre ellos una gigantesca y macabra batalla. Muchos aparecen atados con sogas de esparto y éstos muestran, acaso más que los otros, las huellas de un desencajado estertor. Son muertos sin paz.

El forense certifica que aquellos enterramientos pueden tener siglos. Los historiadores buscan inútil-

mente un vago testimonio de lo que pudo acontecer.

La prensa es recibida en un elegante y cercano restaurante por el presidente del Consejo de Administración. Los canapés de caviar, salmón ahumado y patés de variados sabores, sabiamente mezclados con whisky y vinos nobles, desvían en los asistentes la atención del suceso.

El presidente del Consejo de Administración al dirigirse a «los muchachos de la prensa», comenta con excelente buen humor: «Como han visto ustedes, un hecho curioso y sin importancia».

20 de enero de 1982

Marta al abrir los grifos siente como si el agua al correr le trajese oscuros y desolados latidos de unas venas gigantes; al palpar el yeso, todavía húmedo, de las pareces, como si su contacto fuese el de huesos humanos con los tétanos todavía gelatinosos y al pisar el elegante y vidriado pavimento, unas voces lejanas, repartidas en ecos tenebrosos, le repitieran una vez y otra, y otra, y otra, hasta hacerla enloquecer, una larga, interminable cantinela que reza: «Paz y silencio para la muerte».

30 de enero 1682

«El mandato ha sido cumplido: mandé enterrar, para bien de nuestro pueblo, para salvaguardar la salud de la nación, a todos los habitantes de Campo Raso. Mandé quemar sus hogares y, ahora, regreso a la Corte con la limpia conciencia de haber servido a Mi Señor.

»Otrosí digo: Su Majestad debiera ordenar que, por los siglos de los siglos, nadie levante muros ni viviendas en este lugar, que sea para el eterno reposo de los muertoso y que de las crónicas, memorias y ficheros sea borrado, para siempre, el nombre de CAMPO RASO».



Cabezas decapitadas



Cabezas decapitadas

Manuel Yáñez

Dijo ser Bafomet, el Rey de las Tinieblas. Y para mostrar su poder les envolvió en el abrazo del terror...



NADIE hubiera supuesto que aquellos siete personajes sentados alrededor de la larga mesa de banquetes se pudieran considerar los seres más depravados del mundo. Porque todos ellos ofrecían un aspecto elegante, su físico mostraba algunas de las cualidades que merecen el calificativo de bellas y la seriedad de sus expresiones resultaba la adecuada en unos comensales que se disponían a protagonizar un encuentro escasamente festivo, aunque tenían delante sendas bandejas de plata, vacías, que no parecían estar esperando recibir unos manjares.

Sólo fijándose en el opaco reflejo de las catorce pupilas se llegaba a intuir, vagamente, la cualidad excepcional de unos pensamientos en ebullición. Porque, a pesar de la quietud de sus cuerpos, la agitación tumultuosa de sus mentes casi generaba un sonido audible.

La estancia se hallaba decorada con una sobriedad medieval, ocho siervos encapuchados esperaban en las dos enormes puertas cerradas, más allá de los lóbregos vitrales aguardaba la noche, y en lo alto de la bóveda del techo pendían un falo humano gigantesco

en erección de cuatro metros de longitud, una vagina abierta no menos descomunal y la cornamenta del Rey de las Tinieblas y la Lujuria que, en el centro de las dos representaciones anteriores, las dominaba.

La persona que presidía la mesa se llamaba Gerard Vintras, vestía un *smoking*, igual que los otros tres hombres que le estaban contemplando, y su camisa y su corbata eran de un rojo intenso, mucho más oscuro en esta segunda prenda con el fin de que destacase sobre la otra. Sus cabellos aparecían largos y lacios, su nariz grande, sus labios excesivamente delgados, la piel de sus manos ofrecía una tonalidad blancoazulada y su barbita y bigote se exhibían perfectamente recortados. Ocupaba una silla impresionante de madera gruesa y negra, cuyo alto respaldo sobrepasaba su cabeza para dejar al descubierto la talla del pentagrama del Símbolo de Bafomet —el diablo adorado por los Templarios.

Una cruel sonrisa alteró la horizontalidad de la línea de su boca, sus ojos parecieron saborear la expectación de los seis individuos que le estaban mirando y, al fin, comenzó a hablar:

—Voy a olvidar toda la terminología ritualizada con la que siempre nos hemos comunicado los miembros de la *Orden de los Diablos Lujuriosos de Oriente*. Porque os he sentado alrededor de esta mesa para juzgar vuestro comportamiento durante los últimos meses: ¡no ha podido ser menos respetuoso con la *Norma Escarlata!* Empezaré por la Bruja Marian, Gran Sacerdotisa de nuestra *Orden*, a la que creí una sucia vagina infestada de los más repugnantes humores, capaz de comunicar el Orgasmo Mental con su sola presencia y de dirigir las *Misas Negras*. ¡Pero ha vendido sus preciados tesoros al vil hechizo del dinero! ¡Por un puñado de libras esterlinas acaba de entregar a un editor avispado un libro, en cuyas quinientas páginas nos convierte a todos en simples payasos! ¡SI, EN PAYASOS DE SU RAMPLONA CODICIA!

—¡Estáis equivocado, Maestro! —exclamó la acu-

sada, más blanco su rostro que la túnica que vestía.

—¡Calla, maldita pécora de vigésima fila!

La voz de Gerard Vintras no había sido alta; pero su impacto emocional incrustó a la joven rubia materialmente en el respaldo del asiento; a la vez, sus ojos azules se hicieron acuosos, su recta nariz aleteó en las uniones con el labio superior y sus senos de pezones siempre erectos redujeron a la mitad sus volúmenes. Porque el miedo le había sumido en un singular estado de frigidez.

—Llevas veintinueve meses en la *Orden.* Te impusimos la obediencia masoquista con el látigo, la sumisión ninfomaníaca con el sexo, y la *Fe* con el dolor orgásmico de cuya saturación germina el Placer Supremo. ¿Qué has hecho con ese dinero que se te ha pagado? ¡CONTESTA!

La Bruja Marian desechó inmediatamente un primer impulso de mentir y, aunque no esperaba obtener una reducción del castigo al que se había hecho merecedora, descubrió la verdad:

—Se lo he transferido a mis padres por medio de una operación bancaria.

—¡Debilidad sobre debilidad en «la mujer sin piedad» de nuestra *Orden!* ¡La Vagina Perversa ha vuelto a recuperar sus sentimientos humanos aprovechando mi obligada ausencia de dos meses! ¿Has olvidado que renegaste ante *Bafomet,* escupiendo y arrojando las heces de tu menstruación sobre la fotografía de tus padres, de ese amor convencional que te unía a dos seres inferiores?

—Están enfermos y, además, corrían el peligro de perder su casa y el negocio que les permitía ir sobreviviendo... —susurró la joven en un tono apagado y con la mirada rendida.

—Como la *Orden* te ha otorgado el poder de la clarividencia, utilizaste el trance mental para visualizar a tus padres, ¿no es cierto?

—Sí...

—Eras una simple prostituta de lujo cuando te conocí. Pero ninguno de tus cientos de amantes te ha-

bía brindado una velada de pasión y lujuria como la que yo te regalé en nuestro primer encuentro carnal. Luego de convertirte en mi querida, aceptaste la idea de obtener el título de Bruja de nuestra *Orden*. En cuanto superaste tu desvirgamiento satánico en la *Misa Negra*, te convertimos en la mujer más poderosa y de mayor influencia en Londres. Has hecho de espía, de conspiradora de salón y de alcahueta de los políticos más prestigiosos de Occidente. Pero no debiste traicionar la *Norma Escarlata* al vencer nuestros secretos para satisfacción de la curiosidad de millones de imbéciles.

—¡Puedo detener la publicación del libro... Aún no se ha impreso! ¡Por favor, no me castiguéis...! ¡Recordad las orgías que hemos organizado y el poder que yo he brindado a la *Orden...!* —suplicó la mujer de treinta y seis años, a la que el desencajamiento propio del terror había privado de su belleza excepcional.

—Sólo voy a decirte que jamás tus padres hubiesen podido localizarte por sus propios medios, porque no han pasado el bautismo dolor-placer-éxtasis-malignidad que a ti te convirtió en un Ser Supremo. Pero en las últimas semanas has demostrado que eres indigna del título de Gran Sacerdotisa... ¡Por qué no tienes cabeza! ¡Y cómo has demostrado que no te sirve la cabeza... LO JUSTO ES QUE TE PRIVE DE ELLA!

La última exclamación de Gerard Vintras se fundió con un estampido metálico y, al momento, con el chasquido de la piel, la carne, los huesos y las venas del cuello de la ex Bruja Marian al ser cercenados por una cuchilla circular salida del respaldo de la silla que ocupaba.

¡Y su cabeza decapitada cayó sobre la gran bandeja de plata situada delante del cadáver que ya sólo era un surtidor de sangre!

Una bofetada de terror conmocionó a los personajes que miraban, sin verle, al Maestro de la *Orden de los Diablos Lujuriosos de Oriente*. Y las saetas aceradas

que eran los ojos de éste se desplazaron hacia el matrimonio Szandor-Levy, que se hallaba sentado a la izquierda de la ejecutada, y cuyas ropas aparecían salpicadas de rojas gotas y de algunos restos humanos.

Los afectados por el interés del verdugo reaccionaron con unos fuertes temblores e hicieron intención de abandonar sus sillas. ¡Pero del respaldo de las mismas surgieron dos abrazaderas metálicas, disparadas por otro oculto mecanismo, y se vieron sujetos a la altura de la zona inferior del pecho y por encima de los codos, inmovilizados!

—La trampa ha sido activada por vuestro propio impulso de querer escapar de una responsabilidad que, en este mismo instante, ya se ha convertido en algo ineludible —explicó Gerard Vintras implacable—. Ahora me dirijo a ti, el «fiel» Brujo Anton, Gran Oficiante de nuestra *Orden,* y al que concedimos el título de Falo Penetrante y de Depósito de Esperma-Lava que purifica al abrasar... ¿Cuántas eyaculaciones has gozado gracias a los privilegios que recibiste? ¿Cinco mil...? ¿Acaso diez mil en estos quince años que llevas en la *Orden?* No me contestes, porque mi memoria es más rápida y exacta que la tuya... Comiste de nuestra Ciencia como lo hace el gusano en el interior de la manzana: devorando lentamente la pulpa más exquisita y provechosa, pero cuidándose de que no se manifieste su existencia en la cáscara impóluta. ¡Maldito, MALDITO FARSANTE QUE HAS VENDIDO EL INFINITO POR LA GLORIA EFIMERA DE ESA INGENUA FALACIA LLAMADA CINEMATOGRAFO!

La voz del Maestro se volvió tronante, y rebotó en multitud de ecos en la bóveda de la lóbrega estancia, para desprender un horror tan frío como la escarcha que alfombra la tierra cubierta de muertos después de una batalla. Por eso ninguno de los cinco oyentes le replicó verbalmente, aunque el Brujo Anton abatió los párpados, se le formaron varias gotas de sudor en el nacimiento de su moreno cráneo afeitado y el

pánico otorgó una débil sonoridad a su respiración nasal.

—Tu trabajo en el Servicio de Inteligencia Británico te había permitido comprobar cómo el poder de los humanos apoyaba a las religiones tradicionales —siguió explicándose Gerard Vintras—. Religiones que tienen en su cúspide a un dios bondadoso y puro, debido a que éste recomienda que se oponga la mansedumbre suicida a la hipocresía que de todo sabe obtener la plusvalía del oro. Y al conocer la ideología de la *Orden de los Diablos Lujuriosos de Oriente* te uniste a nosotros, dispuesto a refocilarte abiertamente en el Mal y el Sexo sin concesiones a la piedad. Pero conociste a Julia y, desde que su cuerpo en sazón fue utilizado como ara de sacrificio en una *Misa Negra,* decidiste que no te detendrías hasta hacerla tu esposa...

—Ninguno de nosotros ha vivido en la clandestinidad... —se atrevió a justificarse el hombre de cincuenta y seis años, aunque siguió manteniendo la cabeza baja y el temblor de sus hombros y manos—. Tú mismo aprobaste la idea de nuestro matrimonio, considerando que así resultaría más justificable mi traslado a una residencia de las afueras de Londres...

—El amor humano que sientes por ella, tan débil y absurdo, no se quebró ante su ninfomanía. Y lo mismo te has dejado convencer, hace pocas semanas, por unos cientos de miles de dólares. Ya contáis los dos con la productora cinematográfica para la que has escrito el guión del *film;* mientras que tu codiciosa mujercita pretende ser la primera actriz. ¡Estúpido sueño de infelices!

—¿Por qué nos reprochas la codicia como si no fuera una muestra más de perversión, Gerard? —protestó Julia luchando por defender sus últimas posibilidades—. ¡Yo he servido a la *Orden* centenares de jóvenes de ambos sexos, y hasta he aportado niños vivos para los sacrificios del *Sabbat del Estío!* ¡Con el dinero que nos han pagado pretendemos introducir unas mejoras en nuestra mansión... Porque pensamos

seguir relacionándonos con la alta sociedad de Europa!

—¡MIENTES! ¡Ya habéis comprado los pasajes del trasatlántico en el que pretendéis fugaros con nombres supuestos! Sólo esperáis a que os paguen desde Hollywood. Respecto a las aportaciones humanas que has brindado a la *Orden,* he de reconocer que todas han sido muy elogiables: vírgenes y mancebos de cerebro dúctil, a los que ha resultado fácil convertir en sacerdotisas y acólitos de *Bafomet.* También corriste ciertos riesgos al secuestrar a los pequeños. Pero nuestra recompensa no pudo ser más justa: seis y ocho orgasmos diarios, la droga que ha necesitado tu sucio cuerpo y el lujo suficiente para que satisfacieses todas tus otras perversiones. Sin embargo, querías más y más... ¿No habéis pensado en llevar la *Orden de los Diablos Lujuriosos de Oriente* a California?

—¿Qué ves de malo en esa empresa? —preguntó el Brujo Anton, intentando recuperar sus mecanismos de autodefensa.

—¡La traición a la *Norma Escarlata!* ¡Y la realidad de que vuestras pretensiones constituyen un sueño irrealizable: hubiérais sido descubiertos por las autoridades policíacas norteamericanas ya que carecéis de los suficientes poderes para sembrar la semilla del Diablo? ¡Realmente, admitirlo conmigo, no habéis tenido cabeza...! ¡Y SI LA CABEZA NO OS SIRVE...!

—¡POR FAVOR, MAESTRO, NO NOS MATEIS! ¡HAREMOS LO QUE QUERAIS! ¡RENUNCIAREMOS A ESE DINERO... Y SEREMOS SUS ESCLAVOS MAS FIELES!

La súplica del matrimonio Szandor-Levy fue un grito desesperado, como el aullido de unas bestias arrepentidas. Sus cuellos se alargaron, bien expuestos a la cuchilla cuya aparición tanto temían, y sus gargantas realizaron la proeza de superar el terror al ser capaces de emitir las frases sin ninguna interrupción.

—¿Quién ha decidido vuestra ejecución, hermanos dolientes? Sólo he pretendido daros una lección.

¡Porque la *Orden* aún espera mucho de los dos! Juntos habéis sabido organizar las más rentables casas de juego, donde hipotecan sus conciencias los banqueros, los políticos, los hombres de negocios, los periodistas y todos esos otros personajes importantes que mantienen a pleno rendimiento las «calderas» de la corrupción y del tráfico de conciencias; y también habéis montado unos burdeles, en los que además de comerciar con el Sexo, se introduce la droga en una sociedad cada vez más corrompida. Esto nos ha permitido celebrar las *Misas Negras* y todos los rituales satánicos casi a la luz pública. Claro que esa película va a desencadenar una ola de protestas muy poco ventajosa para nuestros planes futuros, ahora que estamos en las puertas de la década de los treinta del siglo veinte...

—¡La película no ha comenzado a rodarse! —exclamó el Brujo Anton, queriendo aferrarse a su última posibilidad de salvación.

—¡Nada más que debemos telegrafiar a Hollywood anulando el contrato que firmamos en Londres! —intervino Julia, con la expresión convulsa y los dedos agarrotados.

—¡De acuerdo, os creo! —aceptó Gerard Vintras—. ¡Pero antes de seguir con los otros invitados, quiero escuchar vuestro juramento! ¿Juráis obedecer todos mis mandatos... aunque éstos llegasen a exigiros la muerte del otro?

Los dos se miraron indecisos. Sus secas pupilas, enrojecidas por la latente amenaza, tan sólo reflejaron el pavor inmenso que las dominaba. Por esta única razón se atrevieron a susurrar:

—Lo juramos...

La respuesta fue metálica: ¡porque la mentira, que los amantes habían creído necesaria, disparó el mecanismo que puso en acción las dos cuchillas circulares, ocultas en los respaldos de los asientos, cuya acción fulminante permitió que se produjera la doble decapitación!

El chasquido terrorífico de la piel, la carne y los

huesos al ser cortados tuvo el acompañamiento biológico de las venas reventadas: chorros de vida expulsados hacia la nada por la decisión de una voluntad homicida que desconocía la piedad.

Y con las dos nuevas cabezas caídas sobre las bandejas de plata correspondientes, los otros tres invitados intentaron huir de allí, aun sabiendo lo que les esperaba.

No se equivocaron en sus temores: ¡volvieron a aparecer otras abrazaderas, que los inmovilizaron de la misma manera que al matrimonio Szandor-Levy! También habían sido salpicados por el líquido vital de la pareja que acababa de ser ejecutada por el Maestro.

—Es tu turno, Oficiante Sandroz... ¿Por qué tiemblas como si estuvieras sufriendo los primeros síntomas de un ataque de epilepsia? ¿Debo considerarlo una prueba de que te consideras culpable de haberme traicionado? Cálmate, te lo ruego... Quizás estés precipitando la idea de que voy a matarte de la misma manera que a los otros tres. Sólo te supondría un pequeño esfuerzo dominarte... ¿Quieres que te recuerde a qué te dedicabas antes de que decidiésemos incluirte en la *Orden de los Diablos Lujuriosos de Oriente?*

El aludido apretó los labios, mordiéndose el inferior, incrustó materialmente los diez dedos de sus manos en los posabrazos de la silla, y pegó las piernas a la dureza de la madera en la que se sentaba. Su rostro aparecía cubierto de un amarillo enfermizo y sus ojos propendían a saltar fuera de las órbitas.

—Mientras consigues tranquilizar tu sistema nervioso y tus miedos absurdamente anticipados, te refrescaré la memoria. —La voz de Gerard Vintras era de una dulzura exagerada, mefistofélica, y en su boca se hallaba grabada la sonrisa del tirano que ha tenido a bien «ser misericordioso»—. Te conocí cuando eras un simple contable en Walls Street, por lo que vivías en un mísero apartamento del Bronx, en el Nueva York de 1919. Ya habías comenzado a deambular por las noches, asesinando prostitutas en un ingenuo

remedo del supuestamente inglés Jack el Destripador. Nos encontramos cuando acababas de descargar el cuchillo de carnicero, ¡qué primitiva herramienta de ejecución, amigo mío!, sobre el ajado cuello de tu cuarta víctima. En aquel momento te di un susto de muerte, por lo que quisiste degollarme como a un cerdo. Pero mis reflejos eran más rápidos que los tuyos, y logré reducirte contra la pared y en medio de un sinfín de cubos de basura: ¡mísera escenografía cuando te hallabas en condiciones de exhibir tu maldad en los salones más grandiosos del mundo! No me supuso un gran derroche de razonamientos, una vez te llevé a mi piso, convencerte de que la adulación, la oportuna información perjudicial a uno o varios «terceros» y la corrupción te podían situar en lo más alto de tu profesión. Y al obedecerme llegaste a la cumbre de las finanzas mundiales. Al mismo tiempo te habías convertido en uno de los Oficiantes, tal vez el mejor, de nuestras *Misas Negras.* Porque tus dagas (la de acero, para el sacrificio sangriento; y la de carne, tan adecuada en los ritos sexuales) no podían ser más certeras y eficaces... Reconozco que donde te superabas era en los despachos de los grandes agentes de Bolsa. ¡Por eso fue tuyo el mérito del *crack* del 24 de octubre de 1929, en el que tu país, los Estados Unidos, pasó de la opulencia enloquecida a la pobreza del racionamiento! Claro que los cientos de suicidios que presenciaste, especialmente los de tus amigos más íntimos, te hicieron creer que te habías excedido. Y empezaste a cuestionar la eficacia de la Infinita Malignidad que constituye la *Norma Escarlata* de la *Orden de los Diablos Lujuriosos de Oriente...*

—¡Yo no os he traicionado, Maestro! —gritó el Oficiante Sandroz, parcialmente recuperado y tan tenso como en el momento que fue golpeado emocionalmente por la primera ejecución.

—Nadie se ha atrevido a acusarte de esa barbaridad, queridísimo amigo. Sólo he dejado patentes tus méritos y tus debilidades, lo que no presupone que hayas de ser reo de un delito tan grave. Sin embargo,

veamos, ¿a cuántas familias salvaste de la quiebra al aconsejarles que convirtiesen su dinero en bienes inmuebles y en joyas en lugar de seguir especulando con las acciones?

—¡La mayoría de ellos son grandes fabricantes de armas, *gangters* y millonarios que con sus negocios fomentan el odio social y religioso! —volvió a alzar la voz quien se sentía cada vez más amenazado.

—Ciertamente. ¡Y yo aplaudo tu decisión aunque no se la hicieras conocer a la *Asamblea de los Viejos Diablos!* Bueno, dejémonos de rodeos, ¿qué me dices de la familia Hoover King? ¿En base a qué méritos permitiste que salvaran la totalidad de su fortuna?

—Pues... Yo... ¡Yo estoy enamorado de Lucas, el hijo menor! ¡Es un muchacho delicado, muy sensible y exquisito, al que la ruina hubiese llevado a la locura!

—Se habría quebrado como un caro y frágil jarrón de Sevres al ser estrellado contra el suelo, ¿no es cierto? ¡Porque el tal Lucas es un homosexual refinadísimo, una «mujercita» encantadora a la que no cuidaste de aleccionar para que se incorporara a nuestra *Orden!* ¿Te atreves a negarlo?

—¡No... No! ¡Pero él ha sido mi única debilidad...! ¿Es que váis a ejecutarme por un solo error, Maestro?

—No lo llames error. ¡Ha sido una torpeza imperdonable contra la *Norma Escarlata,* que ha venido a demostrar que no tienes cabeza... ¡Y COMO LA CABEZA NO TE SIRVE, MEJOR ESTA DECAPITADA!

El mortal alarido del ex oficiante Sandroz taladró las paredes de la estancia mucho antes de que la cuchilla circular entrase en contacto con su cuello. Y por culpa de los ecos de su garganta casi quedó ahogado el estrépito de la piel, la carne, los huesos y la sangre al ser cortados con una violencia de relámpago acerada, para que una nueva cabeza fuese depositada, grotescamente, sobre la bandeja de plata que le estaba reservada.

La muerte ya había almacenado unos hedores insoportables en la espesa atmósfera que rodeaba a los tres únicos ocupantes vivos de las sillas que rodeaban la enorme mesa de banquetes. En las dos puertas gigantescas seguían encontrándose, imperturbables, los ocho siervos encapuchados, y más allá de los vitrales continuaba aguardando la noche, como indicativo de que sus horas eran las más propicias para que el crimen y la perversión se enseñorearan en el universo de los simples humanos.

—Y ahora os toca a vosotros, mis fríos austriacos —repitió el proceso Gerard Vintras—. Me parece que ya no tenéis miedo, aunque mostréis unos rostros excesivamente pálidos. ¿Debo considerar que os consideráis inocentes?

—Sólo llevamos un año en la *Orden* —dijo un hombre peinado a raya, con una especie de flequillo engomado sobre su alta frente y un minúsculo bigote cuadrado entre su nariz afilada y su delgado labio superior—. No hemos acumulado tiempo suficiente para poder ser tachados de traidores... Mientras que vos, Maestro, que tanto habéis reprochado a los cuatro decapitados la torpeza de sus cabezas, ¿no es tan cierto que la vuestra también ha demostrado idéntica torpeza al haberlos elegido?

—Tienes toda la razón, mi sagaz y predilecto Acólito. ¡Y COMO LA CABEZA NO ME SIRVE... SERA MEJOR QUE LA SEPARE DE MI CUELLO!

Nada más proferir la última palabra, se disparó la cuchilla acerada, la cual, saliendo del encierro de madera, cortó la seca piel, la dura carne y encontró, acto seguido, la resistencia del hueso, aunque terminó por partirse; sin embargo, no liberó ni una sola gota de sangre de las numerosas venas seccionadas.

Porque la cabeza nada más que cayó en la gran bandeja de plata, soltó una carcajada infernal, espiral de locura que ascendió a lo más alto de la bóveda, y luego siguió hablando:

—Parece que he conseguido asombrarte, aunque de eso no hay duda, tu frío y práctico cerebro pru-

siano tardará muy poco en decirte que has presenciado un truco de magia negra... ¡Te equivocas! Y si yo he cometido el error, lo que admito, se debe a que he tratado con seres humanos... ¡PORQUE SOY *BAFOMET*, EL REY DE LAS TINIEBLAS! ¡Ahora, para mostrarte mi poder, OS ABRAZARE CON EL TERROR!

Antes de que la representación infernal diese comienzo, la pareja de supervivientes se vio libre de las abrazaderas metálicas que les sujetaban el cuerpo. Y...

¡Repentinamente la inmensa estancia se ensombreció, de todas partes comenzó a manar una humareda densa y pestilente, se escuchó el reptar de cientos de seres escamosos, cornudos y repelentes, cuyas fauces se abrían para morder el aire preñado de hedores de azufre!

Y una pavorosa llamarada devoró la mesa de banquetes, llevándose en su cresta la aún riente cabeza decapitada de *Bafomet*, el cual dirigió los carbunclos de sus ojos al Acólito austriaco caído en el suelo, y proclamó con voz de huracán:

—¡Te he reservado el mayor poder que hombre alguno ha detentado. Porque eres el más perverso e inhumano de mis fieles! ¡Apodérate del gobierno de la nación que será el azote del mundo, y demuestra a todos que el Terror que encierra la crueldad cuando es manipulada por una mente como la tuya! ¡Llévate a esa mujer, aunque no tardarás en cambiarla por otras! ¡Y puedes estar bien seguro de que tu nombre quedará registrado en la Historia de los humanos con letras de sangre y genocidio: *Adolf Hitler!*

Confesión en la noche

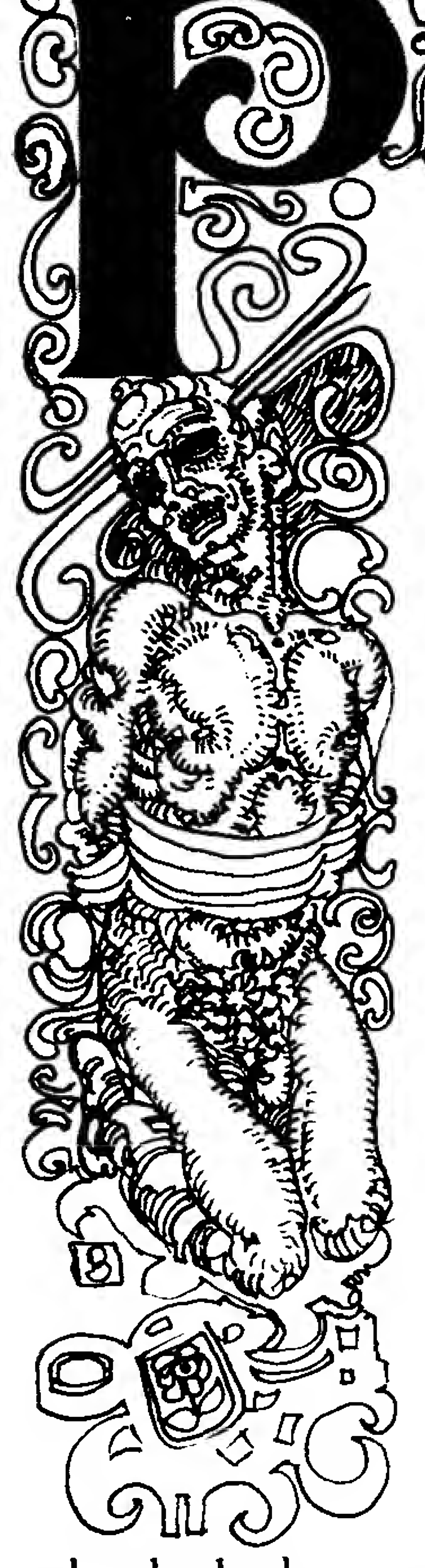




Confesión en la noche

Fernando M. Aroca

¿Sabría leer en sus ojos la brutalidad, el enconamiento, el instinto salvaje, la decisión de no detenerse ante nada, que ella tanto necesitaba?



PRESIENTO que me volverá a acontecer. Lo necesito. Lo noto como si el aire hubiese hecho una urna en torno mío, se hubiera solidificado, me tuviera presa y aquel suceso, al repetirse, pudiera venir a romperla, dejándome libre. Me asusta pensar que aquellos hechos, ahora, al cabo del tiempo, sean la única forma de mi libertad. Que el miedo, el pánico y el terror tengan que ser la manera con que concibo el despertar de mis sentidos, es algo que me horroriza, y, sin embargo, acepto. Lo acepto con la fatalidad de lo irremediable. En el fondo de mí misma, en el lugar más recóndito de mi ser, temo confesarme que lo necesito, o... lo deseo. He dicho «deseo» y, esta confesión, me ha aterrorizado durante años y he luchado, con todas mis fuerzas, para no atreverme a hacerla. Sabía que, en el mismo instante que pronunciase esta palabra, la lucidez, me cegaría y que, esta misma lucidez sólo puede conducirme a mi propia destrucción. Pero lo acepto. Tengo, necesariamente que aceptarlo, y lo hago sin sumisión.

He vivido muchos años —¿cuántos?— más allá del horror, instalada en una vida y un tiempo muertos.

Ahora regreso, camino hacia el encuentro con los fantasmas que han poblado, en la oscuridad, apagados y tensos, la historia de estos años. Siempre he creido que Pablo, con su fortaleza y su ternura, me libraría de volver hasta un destino al que estoy condenada. No ha sido posible: comprender no es compartir, sino, acaso, mitigar. Y Pablo ha sido, para mí, la comprensión. Yo necesitaba más. Mucho más, y lo «otro», lo que necesitaba y, ahora, cuando me he atrevido a confesármelo, es cuando lo he descubierto en toda su terrible agonía. Pablo no ha podido dármelo. Si el dolor verdaderamente purificara, este espantoso dolor que ahora siento, bastaría para elevarme ante sus ojos suceda lo que suceda, acontezca lo que tiene que acontecer. Pero el dolor no purifica, a veces, y acaso en esta situación, lo que puede hacer es encanallarnos. ¿Puede la necesidad ser una vileza? ¿Aunque la vileza se convierta en una necesidad más fuerte que nosotros mismos?

No puedo seguir, no debo, con estas ideas. Es cómodo derivar hacia un problema moral lo que se encuentra en otro orden de cosas. Cualquier acto, por réprobo que fuese, puede tener su juicio, su condena y su castigo: por tanto, su expiación. Pero yo no puedo expiar aquello por lo que no me siento culpable. Noto que, desde ese ígnoto espacio donde debe nacer el instinto de supervivencia, es desde donde recibo el oscuro mandato, el deseo, la necesidad de que todo aquello vuelva a ocurrir. Mi derecho a seguir viva, a conjugar la naturaleza en torno mío, a resucitar, después de tantos años de muerte inconfesada, el deseo en mi carne, es una llamada a la que no puedo negarme. Y este deseo acuciante sólo lo he sentido, en toda su plenitud, unido al horror y al pánico. No sé, no sabría, no quiero saberlo si es el horror quien despierta mi deseo, o, por el contrario, es que el deseo es horror en sí mismo. Uno y otro fueron unidos —¡tan unidos!— en aquella ocasión, la única que me ha cabido conocer, que nunca he podido responderme. Son en mi dolor, en mi angustia y

en mi terror, una misma cosa. Así nacieron, así los he negado durante este tiempo, y así sé que resucitarán. Después me habré liberado para siempre. La paz, la serenidad, el perfecto orden y el equilibrio me serán devueltos por Pablo. Volveré a recuperarlo, y, sin fronteras, seremos lo que siempre hemos deseado ser: una pareja unida, un sólo cuerpo: el sueño de todos los que deciden vivir juntos.

La imagen de aquellos sucesos han estado, fragmentados, siempre presentes en mí. Los esfuerzos que he hecho por olvidarlos han logrado romper el orden cronológico en que sucedieron. Lo que nunca he podido evitar es que desaparecieran totalmente. A veces, como en esas películas de celuloide rancio, la cinta se rompe, cambia de ritmo y las figuras se entremezclan una con otra, deshaciéndose; el sonido crecía y todo terminaba ahogándose en un cuadro en blanco y negro que pasaba a grandes velocidades, poblando la pantalla de rayas grises. El sobresalto que me producían estas apariciones se deshacía a la misma velocidad, dejándome una sensación de laxitud, la misma sensación que puede sentir un deportista después de un gran esfuerzo. Este estado me dejaba imposibilitada para hacer ningún movimiento; una especie de sopor se apoderaba de mi cuerpo.

Ha sido como si el esfuerzo de recordar me dejase agotada, con la mente en blanco, sin otra necesidad que la de dormir. Sin embargo, siempre que las imágenes volvían, sentía la terrible necesidad de despertar a Pablo que dormía a mi lado, aferrarme a él con todas mis fuerzas y obligarle, si fuera preciso, a que se hundiera en mí y aplacase aquella pasión desorbitada que me poseía. Pero la excitación nunca duraba lo suficiente, o se desarrollaba tan hondo, tan profundo en alguna zona ignota de mi subsconciente, que era incapaz de manifestarse para que él comprendiera y reaccionara, consiguiendo lo que deben ser unas relaciones normales entre una pareja.

En algunas ocasiones, cuando estas cosas sucedían mientras Pablo estaba leyendo, acostado a mi lado, y,

por mis movimientos, o, acaso, por alguna palabra inconsciente que pudiera habérseme escapado, él, adivinando lo que siempre ha deseado, se ha vuelto hacia mí, me ha cogido entre sus brazos y besándome ardientemente, ha creido, presa de una gran alegría, que había llegado el momento que ambos hemos esperado durante tres años. Pero el espejismo ha durado apenas unos instantes. O se ha encontrado con un cuerpo rígido, agarrotado, incapaz de abrirse a sus deseos, o unos músculos flácidos, inconscientes, ajenos a cualquier sensación o movimiento. La vida parecía huir de mí: mi cuerpo, o era el de una muerta, o el de una muñeca de goma. Al principio de nuestras relaciones, Pablo, en más de una ocasión, gozó de este cuerpo de muñeca, soñando, acaso, que era una forma, en cierto sentido natural, de manifestarme. Solo cuando saciado miraba mis ojos, comprendía que había estado poseyendo a un fantasma. Esta clase de relaciones esporádicas, tan sólo duraron un par de meses. Cuando él, más que comprender, intuyó lo que estaba sucediendo, no volvió a intentarlo.

Sé el daño que he podido ocasionarle, el daño que le he causado. Conozco sus noches en vela, huyendo de mi lado, paseando desvelado, inquieto, por los pasillos; buscando en una copa y otra, calmar el dolor que le destrozaba, para terminar, indefectiblemente, o durmiendo en el diván o bajo el agua fría de la ducha.

Sí, sé el daño que —¡ojalá, no sea irreparable!— le he estado ocasionando, porque Pablo no ha querido pensar —de esto si estoy segura— que yo, únicamente yo, soy la culpable de esta extraña situación. De haber aceptado esta idea, se hubiera sentido libre, liberado, capaz de romper o aceptar estas cosas. Pero, no. Piensa que es él, el hombre, el macho quien no posee la fuerza suficiente, el suficiente masculino tirón, para hacerme despertar el deseo. Noto como, día a día, hora a hora, se derrumba y se hunde. La tensión que le dominaba en los primeros tiempos, se ha ido transformando en un abatimiento, una sensa-

ción de derrota, una, para mí, desconocida forma de la claudicación ante lo que considera una fatalidad. Se cree vencido por su propia naturaleza, y la única reacción que le ha provocado es una mirada vacilante y dudosa, incapaz de fijarse en mis ojos y algo que, algunas noches, tiene la forma de un llanto contenido, que, a veces, se le escapa en sordos y tristes lamentos, que, desde el último reducto de hombría que se admite, oculta con más vergüenza que dolor.

He querido hablar con Pablo de estas cosas, y se ha negado. Creo que, si hubiese aceptado el diálogo, hubiese podido sanarle, hacerle comprender que él no es responsable. Pero la primera vez que lo intenté, con profunda sorpresa por mi parte, me confesó que, antes que decidieramos vivir juntos, no había conocido ningún tipo de relaciones sexuales. Después, se negó a seguir hablando y no quiso escuchar mis débiles protestas de culpabilidad ya que creyó que estaban provocadas por un sentimiento caritativo que, para él, era más humillante todavía. Pensé decirle que, para cualquier mujer, era un hombre atractivo, incluso que admiraba sus robustos biceps, sus anchas espaldas, sus musculosas piernas y su rostro de nobles ojos; que yo, siempre que le contemplaba semi-desnudo, me sentía orgullosa de él; que había estado espiándole, en más de una ocasión, mientras se duchaba, y el profundo dolor que sentía al saber que aquel cuerpo, por el que sentía una gran necesidad de posesión, se volvía de hielo, se esfumaba en el instante mismo que rozaba mi piel. Si me hubiese dejado, le hubiera hablado de «aquello», de aquel horror en el que estuve presa y que, únicamente, sus dispersas y deslabazadas imágenes inhibían, una vez y otra, la plena realización que yo deseaba, más incluso que él, que se realizara.

Tengo que salvarle, devolverle la seguridad en sí mismo, restituirle su fuerza de hombre, devolverle su plenitud, aun a costa de volver a vivir, otra vez, el horror de la violencia, el pánico y la angustia de aquella terrible situación.

Leo, leo insistentemente la página de sucesos de los diarios, compro todo tipo de revistas especializadas en crímenes, raptos, atracos y violaciones. Algunas de estas historias, sólo me producen repugnancia y asco. Pero lo hago como un ejercicio necesario, una preparación, un entrenamiento urgente y necesario. Estos hechos me están ayudando a organizar, a unir, a ligar los fragmentos de historia que necesito, y contra la que he luchado por olvidar, durante años. Observo que los cronistas, los transcriptores de muchas de estas historias tienen un lenguaje fosilizado, blando y carente de realidad. Lo que ha sucedido, lo que intuyo que ha acontecido en la realidad, y lo que leo, es algo muy distante. Acaso, el mundo de los hechos y el instrumento con que se narran, sean dos cosas diferentes. O, acaso, acontezca que la realidad, al convertirse en relato, al pasar a letra impresa, deja de ser realidad para convertirse en ficción. Lo importante, lo imperecedero de estos acontecimientos, no es nunca lo que se narra: es algo que queda flotando, vaporoso, informe en el espacio de otras realidades. Siempre, en estas crónicas o relatos, está implícita la sombra de una culpa. Alguien ha trasgredido las leyes morales y, esta necesidad de juicio, es la que deforma la realidad, la que me hace inaceptables y falsos estos relatos. Yo sé lo que voy a hacer. Lo que tengo que hacer y para qué. Y no me siento, ni me sentiré, culpable, ni podré culpar a nadie de los que... me ayuden o me torturen.

* * *

Pablo estará ausente unos días: este es el momento que he estado esperando. Sé dónde tengo que ir: buscaré un pub de esos cuyo ambiente es equívoco: poca luz, escasa gente, complicidad en la atmósfera. O quizá sea mejor una discoteca económica: las zigzagueantes luces, el ruido desorbitado de la música, la confusión del ambiente, gentes que buscan la excitación y la aventura, aunque ésta puede surgir en cualquier otro lugar.

Es preciso que no me equivoque de personas. ¿Sabré leer en su rostro la brutalidad, el enconamiento, el instinto salvaje, la decisión de no detenerse ante nada, que necesito? Creo que sí. Lo he leído muchas veces y en muchos rostros. Sólo que, entonces, me asustaban, y, ahora, ¿sabré disimular el miedo, seré capaz de fingir ingenuidad, inocencia, candor cuando sea preciso? El vestido que me he puesto, el pelo suelto, atado en un moño, los zapatos bajos, los calcetines tobilleros, los labios sin pintar; todo lo he cuidado para parecer, si ya no es posible una adolescente, si, al menos, una jovencita.

* * *

Le he visto llegar en una moto, el rostro cubierto con el casco, un anorak rojo brillante. Ha acelerado varias veces, como mostrando su presencia, antes de aparcar. Tiene toda la jactancia y la estupidez del tipo que juega a «duro». Ahora, sólo me resta ver quiénes son sus amigos, a quiénes se une. No podré aguantar mucho tiempo bajo esta música ensordecedora. Además, en cualquier momento, puedo vacilar, puedo perder esta oscura decisión que tanto me ha costado tomar.

Se acerca el tipo bajo de la cazadora de cuero. Este individuo tiene todo el aspecto de quien sólo tiene en la vida el objeto de imitarle. Se ve que el que «manda» es el otro. No me será difícil acercarme, hacerme notar, presentarme como una presa fácil. Pero debo esperar a que se una alguien más a ellos.

* * *

—¿Y dices, pequeña, que tienes que volver pronto a casa?

—Sí, estoy sola y mis padres han quedado en llamarme a las diez. Debo estar, esperar su llamada.

—Yo te llevaré a casa.

—No, sola contigo, no.

—Se puede venir «El Tosqui».
—Y, ¿el otro, no?
—¿Quién?
—El bajito de la cazadora de cuero.
—¿Ese? Ese hace siempre lo que yo le digo.

* * *

Debo seguir disimulando: les diré que es preciso entrar sin que nadie nos vea, sin que la portera lo advierta, y que deberán marcharse pronto. Lo haré sin mirarle a los ojos. Creerá que es sólo timidez.

* * *

—Oye, tía, ¿si vives aquí con tus padres dónde duermes tú?
—Hay una cama-mueble en otra habitación.
—Y ¿el whisky dónde?
—En aquel mueble en forma de esfera.
—«Tosqui», barman, sirve a los señores... No, tú no. Se lo he dicho al «Tosqui», y aquí, mando yo.

* * *

¡Que beban! Que beban hasta que el licor les excite. Me haré la estúpida si el tocadiscos suena demasiado fuerte. Sin embargo, debo advertírselo. ¡Que no sospechen nada!

* * *

¡Es la cara, es la misma cara de entonces! Los ojos le brillan, las manos le tiemblan; aprieta los dientes fuertemente... Ya se dirige hacia mí.
—¡No te haremos daño, pequeña! Pero tienes que... colaborar.

* * *

(Yo soy una niña pequeña. Tengo apenas diez años. Salgo del colegio y camino hacia casa. Ha ano-

checido. Tengo que cruzar una zona oscura y veo a los tres hombres. Se me acercan. Me ofrecen llevarme a dar un paseo. Yo me niego. Quiero gritar, y no puedo. Quiero llorar y no me brotan... las lágrimas).

* * *

—¡Con que... no quieres colaborar! «Tosqui», sujétala por las manos... Tú, «Negro», por los pies...

* * *

—¡No, eso no, pincharme, no!

—Si no hay otro remedio... ¡No voy a estar esperando toda la vida!

(Me han cogido a la fuerza y me arrastran al coche. Estoy a punto de desmayarme. Han echado los asientos para atrás. Estoy a punto de desmayarme... Parece que me voy a romper, a estallar de miedo, de horror, de pánico. —AYYYYYYY!)

* * *

Lo espero. Ahora me romperán el vestido... Me abrirá uno las piernas... El otro me sujetará las manos y me golpeará en la boca... Sentiré el sabor de la sangre, de mi propia sangre... Y gritaré... ¡Gritaré hasta caer desmayada!...

* * *

Ha vuelto, ha vuelto todo lo que me ha producido horror y deseo... He sentido el transporte hacia ese mundo intenso y estremecedor... Fue así, así, así...

* * *

Y ha sido necesario que sucediese porque, al volver a mirar a aquel hombre... ¡He encontrado lo que esperaba: el rostro de Pablo!




Sucesos

Sucesos

Pedro Montero

«Allí estaba, contemplando perezosamente la piscina, como si la tienda de campaña roja no significara la más mínima intrusión».



LA vi desde la ventana de la cocina. Experimenté un sentimiento mezcla de estupor y de indignación ante aquella descarada intromisión. La pequeña tienda de campaña aparecía plantada en el extremo sur de la pradera, casi junto a la valla. Su color rojo contrastaba vivamente con el verde del césped. A juzgar por la quietud reinante, sus ocupantes deberían de dormir todavía a pierna suelta. Permanecí allí perplejo, con el vaso de zumo de naranja en la mano, considerando lo insólito de aquella imprevista ocupación. Al rato Celia entró en la cocina y me preguntó qué miraba con tanto interés. Se aproximó adonde yo me encontraba y miró hacia el exterior. Después me miró a mí. Los ocupantes de aquella tienda deberían de haber considerado que la mullida hierba del jardín de nuestra propiedad era el lugar más indicado para hacer noche. Al parecer no se habían detenido a considerar que para hacerlo era preciso saltar la valla, invadiendo un terreno privado. Cabía también la posibilidad de que, como la noche anterior nos habíamos acostado muy temprano, hubieran supuesto que el chalet se encontraba deshabitado todavía. Lo más sin-

gular del caso era que Tomy, nuestro perro, no hubiera dado durante la noche el mínimo signo de inquietud.

En aquel mismo instante, mientras nos encontrábamos Celia y yo contemplándola desde la ventana de la cocina, Tomy salió de su perrera, se desperezó largamente y miró hacia la tienda. Después, sin mostrar ningún signo de inquietud, vino hacia nosotros y comenzó a dar saltos junto a la ventana a la espera de que le arrojáramos algo de comer. Pero en vista de que sus cabriolas no obtuvieron el éxito esperado, se marchó caminando lentamente y se echó sobre la hierba a mitad de camino entre la tienda y la casa.

Me disponía a salir al jardín para despertar a los intrusos cuando Celia me detuvo, arguyendo que convenía obrar con prudencia. No sabíamos con qué clase de personas teníamos que habérnoslas; podría tratarse de golfos o desaprensivos. El hecho de que no hubieran tenido reparo en traspasar la valla era indicio de su falta de escrúpulos. Ella consideraba más sensato no darnos por enterados del asunto. Con toda probabilidad los intrusos levantarían el campo a no tardar y se marcharían por donde habían venido. Yo me rebelé contra aquella manera de actuar, y ella me recordó que nos hallábamos en pleno campo y que la casa más cercana se encontraba a kilómetro y medio. Teníamos un arma, pero echar mano de ella hubiera sido desorbitar las cosas. La carretera distaba tan sólo unos doscientos metros. El tráfico solía ser abundante hasta la hora de comer. Lo más fácil era que los desconocidos desmontaran la tienda y se marcharan haciendo autostop.

Permanecimos cerca de hora y media tras la ventana de la cocina. Los propietarios de la tienda no parecían tener la mínima prisa por contemplar la luz del sol. Yo me sentía ridículo en aquella posición de espera; sentía mi amor propio humillado. Pensaba que, a pesar de lo que había dicho, Celia esperaría de mí que me enfrentara con los tipos de la tienda y les conminara a abandonar nuestra propiedad. Si se tra-

taba de alguna clase de delincuentes o de gente alborotadora, supondrían de inmediato que nos habían amedrentado, lo que les facilitaría actuar a su antojo. En medio de aquella situación ridícula, lo más indignante era la pasividad de Tomy que, por lo general, ladraba furiosamente a cualquiera que se atreviera a aproximarse a menos de cien metros de la valla. Allí estaba, contemplando perezosamente la piscina, como si la tienda de campaña roja no significara la más mínima intrusión.

Llegó la hora del mediodía sin que nadie hubiera hecho su aparición. Empezábamos a sospechar que la tienda estaba vacía, lo que resultaba todavía más extraño. Como el sol empezaba a calentar, bajamos la persiana y continuamos al acecho a través de las rendijas. De pronto algo se movió en el interior de la tienda; las paredes de lona se agitaron y alguien descorrió la cremallera de la entrada. Un individuo de aspecto desaliñado, desnudo de cintura para arriba, salió al exterior y se desperezó voluptuosamente. Debería de tener aproximadamente nuestra misma edad. Vestía unos pantalones vaqueros descoloridos, y su pelo, más largo de lo habitual, parecía sucio y grasiento. Miró hacia la casa y a pesar de que no podía vernos, Celia y yo retrocedimos instintivamente un paso. El intruso volvió a entrar en la tienda, de la que salió al poco con una pequeña toalla. Se encaminó hacia la piscina con la intención probable de lavarse. Tomy se incorporó al verle aproximarse y, sin dar muestra alguna de inquietud, aguardó a que el desconocido llegase hasta el borde del agua. Luego inició una carrerita hacia él, moviendo amistosamente el rabo, y se dejó acariciar por el hombre de la tienda. El desconocido se echó al borde de la piscina y se lavó el rostro y los brazos. Después volvió a entrar en la tienda.

Celia y yo, ocultos por la persiana, suponíamos que el intruso no tardaría en recoger la tienda y marcharse. Pero, lejos de hacerlo, salió con un pequeño hornillo de gas y una sartén, y procedió a prepararse

la comida. El perro se aproximó a él al oler el guiso, y el desconocido le arrojó algunos despojos que Tomy devoró con avidez. Celia y yo nos miramos con desconcierto. Me pidió que continuara al acecho y ella se dedicó a preparar la comida. Yo situé la mesa de forma tal que, sentados, pudiéramos seguir viendo la tienda. Comimos en silencio. En el ambiente tenso, los ruidos de los cubiertos contra la vajilla sonaban desmesuradamente.

Al atardecer decidimos enfrentarnos con el desconocido. Salimos al porche y permanecimos detenidos un momento. El de la tienda parecía contemplar ensimismado el crepúsculo. Tomy se aproximó hacia nosotros meneando la cola y acercó su hocico húmedo a mi mano. Pedí a Celia que permaneciera en el porche y comencé a bajar los cuatro escalones que dan sobre la hierba. Celia me contemplaba desde el porche mientras acariciaba al perro de manera mecánica.

A unos metros del intruso, que no parecía haberse percatado de mi presencia, me detuve. No sabiendo cómo comenzar, le di las buenas tardes en un tono que pretendí enérgico. El no se dignó ni siquiera mirarme. Me acerqué más y, a su espalda, volví a repetir el saludo. El hizo girar entonces su cabeza y clavó en mis ojos una mirada atroz. Tuve miedo y las palabras se congelaron en mi garganta. Luchando contra el temor que me inspiraba aquella mirada, logré articular penosamente una frase. Le pregunté qué hacía allí y dije que aquello era una propiedad particular. El volvió a concentrarse en el sol crepuscular haciendo caso omiso de mi presencia. Cuando regresé al lado de Celia mi frente estaba empapada de sudor y me flaqueaban las rodillas.

Celia no me preguntó qué es lo que le había dicho. Yo pensaba contarle que parecía extranjero —sabiendo que mentía—, porque no había dado muestras de entenderme. Pero ella, anticipándose a mi comentario, dijo: «Ya se irá...»

Durante la cena nos pusimos de acuerdo tácita-

mente para obviar el tema. Teníamos la esperanza de que, olvidándonos de él terminaría por desaparecer y todo continuaría como antes de su llegada. Celia se mostró especialmente amable, aunque yo tenía el convencimiento de que, secretamente, me recriminaba por mi falta de energía. ¿Qué podía yo hacer? No era aquel el mejor momento para salir al jardín y exigirle que abandonara nuestra propiedad. No era cuestión tampoco de dejarla allí sola e ir a buscar a la policía. Igualmente absurdo resultaría dejar al desconocido acampado en nuestro jardín y correr los dos en el coche a la ciudad. Cuando regresáramos —en el supuesto de que la policía nos hiciera caso— seguramente no encontraríamos ya a nadie, con el consiguiente ridículo.

Nos pusimos de acuerdo para seguir haciendo nuestra vida normal. Ella fregó los platos después de la cena y yo la ayudé a enjuagarlos. Nos preparamos nuestras bebidas favoritas y salimos a sentarnos en el porche como cada noche. En el límite de la pradera una luz roja indicaba que la tienda continuaba allí y que el desconocido no tenía intención de marcharse, por lo menos hasta el día siguiente. Busqué música en la radio portátil y ofrecí a Celia un cigarrillo. Las volutas de humo ascendían hacia el techo del porche. La mirada de Celia estaba clavada en la lucecilla roja. Hubiera dado todo el oro del mundo por penetrar en sus más íntimos pensamientos.

Me desperté varias veces, pero contuve los deseos de levantarme y mirar por la ventana. La noche era oscura. Si, como parecía natural, el intruso había apagado el farol, no habría medio de saber si continuaba allí o no. Al amanecer Celia se revolvió inquieta en el lecho. Yo fingí que dormía. Ella entonces apartó las sábanas y se acercó a la ventana. Permaneció mirando al exterior durante algunos minutos, al cabo de los cuales volvió a acostarse. «Sigue ahí», musitó dándome la espalda.

Desayunamos muy tarde. Cuando nos asomamos al porche, vimos que el desconocido estaba sentado en

una de las butacas situadas al borde de la piscina. Tomy se había echado a su lado y parecía dormitar apaciblemente.

Yo permanecí en el porche en actitud vacilante. Celia —hubiera jurado que me miró con el mayor desprecio del mundo— entró de nuevo en la casa, y salió al poco en traje de baño. Tomando de encima de la mesa del porche la novela que estaba leyendo, se encaminó hacia la piscina y se sentó en la otra butaca a escasos metros del desconocido, el cual no dio muestras de haberse apercibido de su presencia. Ella llamó al perro, que corrió a tumbarse a sus pies. Después, mi esposa se enfrascó en la lectura del libro como si tal cosa. Yo debía de hacer una figura ridícula en lo alto del porche.

Poco después, el intruso, despojándose del pantalón vaquero, se quedó en bañador y se lanzó a la piscina. Tomy —como solía hacer cada vez que yo saltaba al agua— se levantó ladrando y siguió por la orilla la trayectoria del nadador. Celia, sin cerrar la novela, permanecía atenta a las evoluciones natatorias del desconocido. Sentí que un odio sordo se iba incubando en mi alma, y que ese odio tenía también a Celia como objeto. Cuando el desconocido salió del agua y volvió a sentarse en la butaca para secarse al sol, me pareció que Celia le contemplaba con satisfacción.

Descendí lentamente las escaleras y caminé sobre la hierba en dirección paralela a donde ellos se encontraban. Me sentía ridículo, y Celia había sido la causante de aquel sentimiento al actuar como si nada anormal estuviera ocurriendo. Cuando llegué a la altura de la piscina, siempre siguiendo la cerca del jardín, me senté sobre la hierba. Desde donde me encontraba podía ver perfectamente a los dos. El desconocido tomaba el sol apaciblemente. Celia fingía leer la novela, pero me apercibí de que, por encima de las páginas, no cesaba de mirar al intruso.

Después del mediodía, Celia cerró su libro y se encaminó hacia la casa. Yo la seguí. Entró en la cocina y

se dispuso a preparar la comida. Sin decir palabra, dispuso tres servicios sobre la mesa. Yo me quedé perplejo y, ante la expresión adusta de su rostro, preferí no hacer ningún comentario. Si aquella era su forma de llamarme cobarde, lo más sensato sería no darme por enterado. Retiré uno de los servicios y me senté a la mesa. Ella se encerró en un silencio cazurro y no me dirigió la palabra durante toda la comida.

Una vez que hubimos fregado la vajilla, nos dirigimos al dormitorio para echarnos la siesta. Al poco de estar en la cama, me sentí fuertemente excitado y me fui aproximando a su cuerpo. Ella, con suavidad, pero enérgicamente, apartó mis manos y se retiró a un extremo del lecho.

Al atardecer, se repitió la escena de la mañana. Celia se sentó cerca del intruso, al borde de la piscina, y yo, caminando cerca de la valla me situé a su altura, a una distancia media entre el porche y la tienda de campaña. El perro corría alocadamente sobre la hierba persiguiendo pequeños insectos voladores. En un determinado momento el desconocido hizo un gesto con la mano y Tomy corrió hacia él de manera sumisa. Se echó a sus pies moviendo la cola y emitió algunos aullidos de contento.

Poco a poco, procurando que no me viera, comencé a caminar cerca de la valla en dirección a la tienda de campaña. Cuando ya estaba cerca de la parte superior del jardín, Celia me miró y debió comprender mis intenciones, porque cerrando el libro, dirigió por vez primera unas palabras al desconocido y, poniéndose en pie, se dirigió hacia la casa. El hombre fue siguiéndola con la mirada hasta que ella subió las escaleras del porche. Una vez allí, ella se volvió y se detuvo un momento sonriente. No supe si su mirada estaba dirigida a mí o a él, porque en ese momento los tres nos encontrábamos en línea recta. Después los dos entraron en la casa.

Llegué hasta la tienda y me detuve un buen rato con los ojos fijos en la puerta del chalet. Por un momento pensé que alguien me observaba desde la ven-

tana de la cocina. El perro se vino corriendo hacia mí y comenzó a olisquearme los zapatos y a lamerme la mano. De pronto me sentí fuertemente excitado. Comprendí repentinamente que los dos habían entrado en la casa con el mismo propósito. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al imaginarlos desnudos sobre el lecho. Experimenté un deseo atroz y un odio furibundo. Entré en la tienda como una exhalación y vi el machete junto a las provisiones.

Con el cuchillo en la mano me encaminé hacia la casa. Di un rodeo buscando una ventana abierta y me deslicé en el interior por la de la cocina. Caminando sigilosamente llegué hasta la puerta del dormitorio. Desde fuera se oían sus jadeos. Me detuve un instante mientras sentía acrecentarse en mi interior el odio y el deseo. Después, di una gran patada a la puerta y entré dando alaridos y enarbolando el cuchillo en alto. Allí estaban, desnudos sobre la cama, indefensos.

Sin perder un segundo me lancé contra ellos y hundí repetidas veces el machete en el cuerpo del hombre. La sangre brotó a borbotones. Un último tajo a la altura de la garganta, y se derrumbó muerto sobre el entarimado. Entonces me volví hacia ella que, incapaz de emitir un solo grito, me miraba espantada con los ojos fuera de las órbitas. Apliqué el machete a la altura de su yugular y la abracé convulsamente. Ella se retorció bajo mi peso, pero al cabo de un instante las fuerzas la abandonaron. Entonces la forcé y gocé de su cuerpo. Simultáneamente con el último espasmo, el machete tembló en mi mano y, a impulsos de aquel gozo, penetró profundamente en su blanca garganta. Después lo levanté varias veces sobre mi cabeza y lo hundí en su cuerpo convulso.

Salí del dormitorio manchado de sangre. Bajé los escalones del porche y me lancé al agua desde el borde de la piscina sosteniendo el machete en la mano. El perro corrió hacia la casa y comenzó a aullar lastimeramente.

Después me encaminé hacia la tienda y, tras asegu-

rarme de que el machete estaba completamente limpio, lo guardé en su funda. Recogí el hornillo y la sartén y los guardé en la mochila. Plegué el saco de dormir y descolgué el farol. Luego, sin precipitaciones, haciendo las cosas ordenadamente, comencé a desmontar la tienda.

Cuando hube empaquetado todas mis pertenencias, cargué la mochila al hombro, salté la tapia del jardín y, silbando tranquilamente, me largué por donde había venido.



LA CAJA QUE VINO DEL NORTE

EL ASESINATO DE LOS DORILIDOS

LA CELDA DE LOS LEPROSOS

EL DESTERRADO

SUEÑOS DE AMOR Y DE SANGRE

(2ª parte de «La Condesa Báthory»)

CAMPO RASO

CABEZAS DECAPITADAS

CONFESION EN LA NOCHE

SUCESOS